

La Ilustración Artística

Año XXIV

← BARCELONA 9 DE OCTUBRE DE 1905 →

Núm. 1.241

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSARTADORAS DE PERLAS, cuadro de Carlos Edmundo de Pury



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los vales de Fausto*, por Juan C. y Díaz. — *Tormenta*. Calma, cuadros de Héctor de María Bergler y Vicente Stefani. — *En Calabria*. Después de los terremotos. — *El acuerdo franco-alemán á propósito de la cuestión de Marruecos*. — *Mauricio Carrió y Serracanta*. — *Amo y criados*, por Francisco Giraldo. — *Excursión ginecética en automóvil á través de los grandes bosques del Maine y del Canadá*. — *D. Francisco Navarro y Ledesma*. — *Monumento á Numancia*. — *El rey Jehú*. — *En la fundición de hierro*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *La Conquistadora*, novela ilustrada (conclusión). — *La caricatura en España*. Los Sancha. Marín, por Manuel Carretero. — *Monumento á Camilo Desmoulin*.

Grabados.—*Ensartadoras de perlas*, cuadro de Carlos Edmundo Pury. — Dibujo de Gual que ilustra el artículo *Los vales de Fausto*. — *Tormenta*, cuadro de H. de María Bergler. — *Calma*, cuadro de Vicente Stefani. — *Barracas instaladas en Pizzo y Parghelia*. Una misa de campaña en Tropea, vistas fotográficas tomadas después de los terremotos en Calabria. — *Última entrevista de M. Rivoil y M. Rosen para el acuerdo definitivo de la conferencia internacional de la cuestión de Marruecos*. — *Mauricio Carrió y Serracanta*. — *Excursión ginecética en automóvil á través de los grandes bosques del Maine y del Canadá*, cinco fotografías. — *El rey Jehú*, cuadro de A. Hoffmann Vestenhof. — *En la fundición de hierro*, cuadro de Oscar Poppe. — *D. Francisco Navarro y Ledesma*. — *Excmo. Sr. D. Ramón Benito Aceña*. — *Soria*. Monumento erigido en las ruinas de Numancia. — *El buque Jacobo A. Stämmer*, habilitado como hotel para obreros. — *El salón de reunión y el comedor de dicho buque*. — *Francisco Sancha*. — *Tomás Sancha y Lengó (Lengó)*. — *Ricardo Marín*. — *Escena infantil*. — *Los hermanos Sancha*, caricaturas de Sancha. — *La tienda asilo de Madrid*, caricatura de Lengó. — *Un chambergo*. — *Un picador*. — *El clown Beling*, apuntes de Ricardo Marín. — *Monumento á Camilo Desmoulin*, obra de Boverie.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer he presenciado un espectáculo triste y para mí nuevo, que, bien mirado, acaso tenga mucho de edificante, porque revela, en las clases populares, cierto horror al vicio. Le llamo triste, porque es triste no sólo (como dijo el poeta) todo gran amor, sino toda gran locura humana.

* *

El teatro de la escena es un taller de carpintería. Estos talleres huelen bien, y adornados con su cabellera rubia de ensortijadas virutas, tienen un aire de pacífico, regocijado y aseado. El banco, reluciente por el uso, presenta la fisonomía simpática de los muebles patriarcales que han prestado incesante servicio, y que están dispuestos, en su robusta y terne vejez, á continuar prestándolo. Las herramientas brillan, y su mango aparece bruñido también por la presión de la mano laboriosa. Los rimeros de madera labrada ya muestran en cambio un aspecto juvenil, claro, limpio, y embalsaman el aire con los efluvios de sus resinas aromáticas.

Todo contribuye á la impresión de un trabajo relativamente muy dulce, que se hace á cubierto, sin el riesgo perenne de las subidas al andamio; trabajo lucido, de esos en que la obra inspira complacencia en mirarla, la satisfacción del esfuerzo inteligente realizado. Esta profesión que no embrutece, cual el horrible trabajo del minero; que no lleva en sí ningún estigma de esclavitud, como se diría que lo llevan otras faenas y otros arbitrios para ganarse el pan...

Y en el ángulo de ese taller de carpintero, semi-agazapado, escondiéndose como se esconden los miserables, estaba un hombre.

Pregunté qué hacía allí.

—Ha venido, díjome el maestro, á buscar trabajo... Y no puedo dárselo, porque no le dan posada.

—¿Que no le dan posada?

—No... Ni en casa del platero, ni en casa de la señora Cándida le quieren recibir.

—¿Pero por qué?

—Porque...

Y el maestro, azarado, no proseguía. Al fin rompió:

—Porque... ¡Cosas que pasan! A los compañeros, que están acomodados ya en las posadas de por aquí, no les gusta que vaya éste...

—Habrá, indíqueme alguna razón... Los obreros se ayudan entre sí, y hacen bien... Cuando no consenten...

Y me detuve, porque el miserable, siempre agazapado en su rincón, en la penumbra de los tablores, me miró un momento y luego agachó la cabeza.

—Este, advirtió el maestro, no es un mal hombre.

Ni es ladrón, ni asesino; no hace á nadie pizca de daño. Y á más á más, sabe su obligación como cumple; porque yo de toda la vida le conozco, y no andan por ahí muchos con la habilidad suya. Él es carpintero, ebanista, tallista; hasta de relojería entiende. Tiene unas manos de oro... *Solasmente* que...

No le dejé acabar. Había comprendido, y me bastaba para ello una segunda ojeada á la abatida criatura, acercándome á ver su rostro, á notar su actitud característica de los alcoholizados habituales cuando no están bajo la inmediata influencia del veneno. Las líneas de su cuerpo eran esas líneas de desairada oblicuidad, tan aprovechadas por los caricaturistas para la cómica silueta del borracho de profesión; sus piernas parecían de algodón en rama, y sus pantalones, en las perneras, hacían esos fuelles que delatan la debilidad de la pierna, la inseguridad de locomoción, síntoma fijo, según ha observado Ribot, de las alteraciones cerebrales. El rostro rojizo, el lacio bigote, los ojos vidriados y húmedos, la nariz amoratada y desfigurada, completaban la facies del bebedor, marcado y sellado por su vicio.

—*Solasmente* que..., repitió al cabo de una pausa el maestro, á éste le gusta, vamos, un día... alegrarse con un vasito más ó menos... Cosas de hombres, una afición... Y ahí está lo que lo ha perdido... Ahora no tiene ni qué comer, ni encuentra dónde acomodarse... Es una desgracia. Yo, al saber que no le admitían, fuí á responder por él. Yo hasta le ofrezco posada en mi casa... No puedo hacer más.

El maestro que hablaba así, viene diariamente á trabajar desde su aldeilla, á unos tres cuartos de legua...

Y el miserable, tomando la palabra por primera vez, barbotó, anonadado:

—Yo no puedo andar esa distancia...

* *

La confesión de una decadencia física no es penosa al burgués, que no trabaja con sus músculos, sino con su inteligencia, revolviendo legajos, trazando planos, despachando expedientes, emborronando cuartillas. Ese burgués, cualquiera que sea la ocupación á que se consagre, no tiene reparo en exclamar: «Estoy neurasténico... Siento fatiga... Hago mal las digestiones... Me canso al subir las cuestas... Vengo sudando, porque tuve que ir á pie hasta la plaza de toros...» Pero el operario manual, de cualquier oficio, mira como desdoro la falta de fuerza; su amor propio profesional es ser apto, recio, vigoroso..., y yo he presenciado verdaderos alardes, obreros convalecientes, obreros tuberculosos, obreros muy jóvenes, obreros ancianos, queriendo demostrar á toda costa la resistencia física, la capacidad para la penosa faena. Yo les he visto mover, entre risas y chanzas, el enorme sillar ó la viga desmesurada, increpando todos al que desmayaba, como se increpa en los combates al soldado que retrocede. Yo les he visto, después de un día entero de aguantar el sol colocando piedra y respirando cal, ó remachando el clavo en los pontones colgados sobre el vacío á muchos metros de altura, correr hacia el bailoteo de la aldea, y no dar paz á sus cuerpos hasta entrada la noche. Para que un obrero declare que no puede andar cuatro kilómetros, es preciso que se encuentre bien abajo, que se haya ido muy á fondo...

Y este hombre lo confesaba con absoluta humildad y confusión; se veía al vencido en la batalla con el impulso vicioso, al dipsómano incorregible... La mayor derrota es esta: la derrota individual, la derrota sin desquite, pues nos vence nuestro propio instinto, en lucha con la difícil, ardua, coordinación de las voliciones conscientes y preservadoras...

Nadie tan derrotado como el que, comprendiendo el peligro de una acción, no puede renunciar á ejecutarla...

He escuchado quejas de abúlicos, maldiciendo de sí mismos, deplorando su modo de ser, envidiando la resolución con doble envidia que el dinero ó la felicidad, porque ambas cosas obtendrían si la resolución les asistiese; y los lamentos de estos enfermos del alma no me conmovieron tanto como el sencillo, doloroso gesto del borracho incurable, resignado y desesperado á la vez, que lo expresaba todo: la convicción de la pronta muerte, de la incapacidad para el trabajo, de lo inútil de la maestría adquirida, de la inutilidad del esfuerzo para enmendarse, de lo ocioso de imaginar siquiera tal esfuerzo, del cual es incapaz el derrotado...

* *

¿Y á qué predicar á este *ex hombre*, como diría Gorki? Seguramente su pasión, más fuerte que el miedo y que el egoísmo saludable del operario dies-

tro á quien el trabajo no le ha de faltar, á quien el jornal relativamente crecido asegura pan é independencia, no ha de vencerla ningún consejo. Este desventurado se va con su pasión por los caminos de la bohemia, sin fuego ni lecho, sin ropa ni casa, y ni se le ocurre que un acto de su voluntad puede proporcionárselo todo..., todo, menos esa dicha de Satanás que se encuentra en el fondo de una botella, en el vidrio basto de un vaso de taberna ó figón, todo, menos esa hora de olvido y de delirio, de ilusión mortífera, que da el alcohol á sus devotos...

* *

Cuando llegan á este estado, lo que les dijeseis sería prueba de excelente intención, pero de escaso conocimiento de los desastres pasionales en un organismo, en una fisiología. No es lo malo, dicen los teólogos, el pecado, sino el estado que crea; la predisposición á convertirse en tendencia, de tendencia en costumbre, de costumbre en necesidad, de necesidad en ley... No prediquéis sino á los que pueden todavía reaccionar. A los irremisiblemente perdidos..., ¿para qué? Yo he tenido la fortuna de no ver nunca á mi alrededor á nadie que bebiese: ni aun los criados—bien alimentados—suelen en mi casa aficionarse al vino. Mis ascendientes (hasta donde es posible llevar la cuenta de estas cosas) fueron gente sobria, y quizás su sobriedad me ha salvado de esos *aparecidos* (que determinan, obscuramente, tantos desequilibrios nerviosos), haciendo de mí la más apasionada bebedora de agua que existe... Por la imposibilidad que tenemos de concebir el ajeno goce si no conviene con nuestro gusto; por no saber colocarme en la situación del dipsómano, carecería de argumentos que oponer á su pasión... La sensación que desconocemos; la que otros encuentran tan deliciosa que por ella pierden los demás bienes de la vida, la honra y la estimación (dentro de su esfera cada cual), la que nosotros no comprendemos..., justamente por eso, no tenemos medio de impugnarla. El «¡Si usted supiese!» de los maniáticos pasionales, de los que una idea preferente inutiliza, nos deja mudos. No; yo no tengo nada que objetar, nada que reprender en este hombre, que se mata de este modo, como podría matarse de otro, y no se llora á sí mismo, porque entre un infinito de abandono y miseria tiene un minuto de edén.

* *

Y rechazado por sus compañeros, negada la hospitalidad por la humilde *fondista* que brinda en vez de cama un haz de paja fresca tragal y por menú un cuenco de leche ó unas berzas con tocino rancio (pero á la fondista no la gustan borrachos crónicos, eso ha de saberse; y todo lo más que puede consentirse á un pobre, es que se alegre el domingo con un vasete de vino honrado, del picante vinillo de la tierra ó del sano Ribero de Avia), el miserable se va. Es la hora del atardecer; los demás obreros descargan los últimos golpes de pico ó los últimos raspones de azuela, con la inquieta excitación de que sólo faltan unos minutos para soltar la herramienta, echarse al hombro la chaqueta, y tomar la vereda hacia el bailoteo en la carretera, apretando cinturas rollizas, á la luz de la luna... El miserable se va. Su silueta es una mancha oscura sobre lo blanco del sendero arcilloso. Avanza lentamente, con la cabeza gacha; pisa blando, inseguro, y á los pocos metros se detiene, sin duda para tomar aliento. Me parece oír de nuevo su frase:

—Yo no puedo andar esa distancia...

* *

¿Que en dónde pasará esta noche? Donde la pasan tantos, tantos, que no tienen ni hogar ni asilo. Fernán Caballero declaraba su ansia por conocer el paradero de los cuerpos de los pajaritos que se mueren, y que nadie sabe cómo desaparecen, dónde caen con la pluma erizada y las patas rígidas... Problema de la misma índole es este de cómo se valen, en qué rincón se ocultan los miserables vencidos definitivamente. ¿Será en alguna taberna, concha ruda que encierra la perla roja de la embriaguez? ¿Será en un pajar, será en un hórreo vacío? ¿Será en la zanja del camino hondo? ¿Será en la choza en construcción, entre montones de piedra partida? ¿Será en la caritativa mansión de un labriego que, sencillamente, practica las obras de misericordia?

El miserable, después de respirar unos momentos, avanza... Sobre el oro verde del poniente, su silueta sombría es una mancha informe.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS WALSES

DE FAUSTO

Gemidos lejanos, extraños rumores que surgían no sé de dónde llevaban á mis sentidos todo un mundo de armonías durante aquella triste y misteriosa noche.

La soledad me acompañaba... Me acompañaba, sí, porque absorbía mis facultades todas, presentándome como destacadas de otros mundos, visiones fantásticas que se agitaban á mi alrededor, llamándome, atrayéndome y dominando mi voluntad y mi inteligencia, que en vano se esforzaba por comprenderlas. ¿De dónde nacen? ¿Qué quieren? ¿Existen realmente esas visiones, ó sólo pueblan el mundo de nuestra fantasía?

La luz colocada sobre mi bufete principió á velarse, lanzando débiles reflejos.

Un impalpable soplo la agitaba, haciéndola dilatarse, luchar algunos momentos, lanzar su último estertor, su postrer reflejo, más luminoso que los anteriores y después morir.

Sólo un punto ígneo brillante, quedó destacándose en medio de la obscuridad. Un punto luminoso que se multiplicaba á mi alrededor, cual otros tantos ojos encendidos y fulminantes que me miraban, dirigiéndome sus rayos al revolverse furiosos en sus órbitas de tinieblas.

No, no era el silencio ni la soledad lo que me rodeaba... Oía rumor de armas y gritos de desesperación y de agonía... Llegué á percibir distintamente risas, lloros, cantos, imprecaciones y gemidos...

Veía gigantes y enanos; graciosas Melibeas y repugnantes Celestinas; gallardos Calistos y deformes Cuasimodos.

Una bocanada de aire abrió las mal cerradas maderas de mi balcón.

Un ruido exterior llegó hasta mí, y al escucharlo, mi corazón agitóse estremecido; sus latidos me ahogaban, me hacían daño.

Aquel rumor dulce, vago, misterioso, que yo percibía, llenaba mi alma de una emoción inexplicable.

Era un piano que lanzaba sus notas, era un suspiro débil, prolongado, como la suave respiración de la inocencia dormida; era un eco arrebatador y vibrante, como el enérgico canto de los soldados de la patria; á veces, notas sin concierto, nacidas de la casualidad, y en aquellas notas, yo me figuraba traducir frases, suspiros, ayes, confidencias, amores...

Después sonó un preludeo, un canto... Mefistófeles y el célebre doctor surgieron ante mí.

Y mi pasado también apareció en mi mente; mi amor, mis ilusiones, mis esperanzas, mis sueños de otro tiempo; todo en fantástica evocación fué desplegándose ante mi vista, como á través de un vidrio los objetos perdidos en el horizonte.

Un dulce sopor se apoderó de mis sentidos, sopor que apagó en torno mío todos los rumores, dejando sólo llegar hasta mí, enérgica, arrebatadora, aquella misteriosa armonía...

¡Los vales de Fausto!

¡Con qué vivísimos colores se reflejaba en mi imaginación la época más feliz de mi vida!

Ella, sentada delante del piano, deslizaba rápidamente sus dedos sobre el teclado, mientras sus ojos, fijos en mí, mandaban á mi espíritu corrientes de amor y de felicidad.

A veces nuestras cabezas se unían, al contemplar al mismo tiempo una nota sobre el papel; sus cabellos rozaban mi sien que latía con violencia; el ardor de su frente se comunicaba á la mía; su agitada respiración sonaba á mi oído... Callaba el piano y sólo se escuchaba entonces la armonía de nuestros corazones, latiendo á la par y con la misma fuerza.

¿Por qué pasó aquel tiempo venturoso? ¿Por qué no renovar aquellos sueños, aquellas esperanzas, aquellas inolvidables horas de amor y de ventura? Su pensamiento, de lejos, vuela en busca del mío... Correré á su lado para vivir de nuevo en su mirada..., seré feliz...

¡Qué largo se me hacía aquel viaje!

Llevaba dos días de camino encajonado en aquel incómodo vagón; dos días mortales, durante los cuales padecí todos los tormentos, toda la desesperación con que la impaciencia nos martiriza.

Veía los árboles, las rocas, las llanuras, las colinas y los precipicios que pasaban, pasaban y se sucedían sin interrupción, pero mi afán no se calmaba nunca.

De pronto sonó un silbido estridente. La marcha se hizo más lenta..., más..., más todavía... El tren paró... ¡Sí, si llegamos!

Aquella estación era la penúltima de mi viaje. Yo reconocí aquel horizonte, y aquel cielo y aquellos campos.

Decidí abandonar el tren en aquel sitio; la distancia que me separaba de X, término de mi expedición, era muy corta.

—Iré andando, me dije; procuraré llegar á media noche. De este modo nadie me verá; nadie más que ella, si aún recuerda la señal de que nos valíamos en otro tiempo para avisarnos.

—«Una, dos, tres...» contaba yo al penetrar en las silenciosas y solitarias calles de X, oyendo las vibraciones de un reloj próximo... ¡Las doce! ¡La hora de las fantasmas!, exclamé, estremeciéndome.

Bien pronto, destacándose en la obscuridad, pude distinguir un edificio, á cuya vista sentí una gran agitación.

—¡Allí está, allí está!, dije señalando al edificio. Y corrí hacia él, trémulo, palpitante, y rodeé sus muros, no tardando en hallarme ante una cerca que escalé hasta sentar mi planta sobre el musgo del jardín.

Atravesé las sombrías calles de árboles, embalsamadas por el azahar... Poco á poco avanzaba hacia el

hotel, cuando instintivamente reprimí la respiración, apliqué el oído, y al débil murmullo de las hojas y de las flores movidas por el ambiente, uníase una armonía deliciosa, suavísima, apenas perceptible...

¡Dios mío!... ¡Los vales de Fausto!

Levanté la cabeza y vi abiertas las maderas del balcón, y en el interior de la estancia una media luz vaga, misteriosa, que luchaba con las tinieblas.

Cesó la melodía. Una esbelta figura vestida de blanco dibujóse en el hueco del balcón, y al reconocerla, tuve que apoyarme en el tronco de un árbol para no caer, víctima de emoción profunda.

En medio de mi delirio me pareció notar una sombra moviéndose al pie del balcón.

¿Qué podía ser aquello? ¿Tal vez una rama agitada por la brisa? ¿Tal vez una ilusión de mi mente calenturienta?.. Pero no. Aquella sombra tosió, tosió, sí, muy lentamente; y cual si fuera una señal convenida, la figura blanca que acababa de aparecer en el balcón, es decir, ella, mi amor, mi sueño, inclinó hacia fuera el cuerpo y dijo al que abajo estaba estas frases, que llegaron distintamente á mi oído:

—¡Cuánto has tardado! ¡Sube, sube pronto!

—¡No, no subirá!, rugí, lanzando á la vez un grito de desesperación y de agonía, que fué contestado por otro grito más débil y por el ruido de un cuerpo cayendo en tierra sin sentido.

Yo no sé cuánto tiempo luchamos.

Aquel hombre tenía un brazo de hierro; pero yo, en cambio, abrigaba en mi alma el infierno de la desesperación y de los celos, que multiplicaba mis fuerzas. Fuertemente asidos, luchábamos como leones, nos arrastrábamos como reptiles sobre la arena del jardín, nos mordíamos, nos despedazábamos como furias, presa del espantoso delirio de la rabia.

La férrea mano de mi rival oprimía con nerviosa contracción mi garganta... Sus uñas penetraban en mi carne... Yo me ahogaba, me ahogaba...; pero loco, frenético, seguía luchando, y en tanto que mi furor y mis fuerzas aumentaban, mi rival cedía... Yo iba á vencerlo, á destruirlo, á vengar mi amor...

Un objeto frío penetró rápidamente en mi pecho; un objeto muy frío, que paralizó mis movimientos y que cubrió mi vista de un mar de sangre.

Después vi confusamente un hombre que á toda prisa se separaba de aquel sitio; oí sus pasos precipitados que se perdían á lo lejos.

Quise incorporarme y perseguir aquella sombra; pero el esfuerzo violento que hice para conseguirlo acabó de debilitar mis fuerzas, y caí otra vez moribundo, exánime sobre la arena, en medio del charco de sangre que como un surtidor brotaba de mi pecho.

Después... No vi más que pálidos esqueletos que me rodeaban danzando á mi alrededor con horrible chasquido de huesos... Oí voces roncas, graves y pausadas, entonando el oficio de difuntos... Después, ¡oh, Dios mío!..., allá, á lo lejos, muy lejos, sonaban otra vez los vales de Fausto.

JUAN C. Y DÍAZ.

(Dibujo de Gual.)

TORMENTA

CALMA

CUADROS DE H. DE MARÍA BERGLER Y VICENTE STEFANI.

Bellísimo en alto grado es el contraste que ofrecen estos dos cuadros, ambos debidos á pintores italianos y muy celebrados ambos en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia.

En el lienzo de Héctor de María Bergler, las dos figuras representan por modo admirable la tormenta en que se agita la naturaleza, y ellas solas bastan para hacernos adivinar lo que el pintor no ha puesto en su obra, un cielo cubierto de densas y negras nubes, árboles sacudidos por el vendaval, flores tronchadas, plantas destruidas, campos arrasados, por todas partes ruina y desolación. Todo esto vemos con los ojos del pensamiento al contemplar á esas dos muchachas á quienes el viento apenas deja andar y cuyas ropas claramente revelan la violencia del huracán que en su camino las ha sorprendido. Y con esta escena que nuestra imaginación se finge, armoniza el semblante de una de las figuras pintadas:

aquellos ojos de expresión sombría, aquella frente pensativa, aquellas facciones contraídas por impresiones que no vienen del exterior, parecen indicar que en aquella mente bullen ideas tormentosas, que en aquella alma anidan sentimientos tan violentos como la misma tempestad que furiosa ruge en torno suyo.

Cuando dos artistas logran producir las emociones que sentimos ante estos dos cuadros, cuando saben hacer vibrar nuestros corazones al par del suyo, hacemos sentir lo que ellos sienten y con la misma intensidad con que lo sienten, bien puede decirse que tales artistas han creado dos obras verdaderamente bellas.—X.



Tormenta, cuadro de Héctor de María Bergler. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1905.)

Todo lo contrario vemos en el cuadro de Stefani. Ante la ventana guardada de floridas macetas, la joven aldeana se absorbe en la lectura; su rostro, su actitud, reflejan la serenidad de su espíritu. Y allá en el fondo osténtase hermoso paisaje, intensamente iluminado por el sol, lleno de árboles cubiertos de hojas, sembrado el suelo de florecillas silvestres, oreado por suave y perfumada brisa, en la plenitud de la belleza primaveral. Todo en esta pintura respira calma, todo es en ella apacible, y esta calma y esta apacibilidad se infiltran, por decirlo así, en el ánimo del espectador que, en presencia del cuadro de Stefani, experimenta una sensación dulcísima, confortante.



Calma, cuadro de Vicente de Stefani. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1905.)

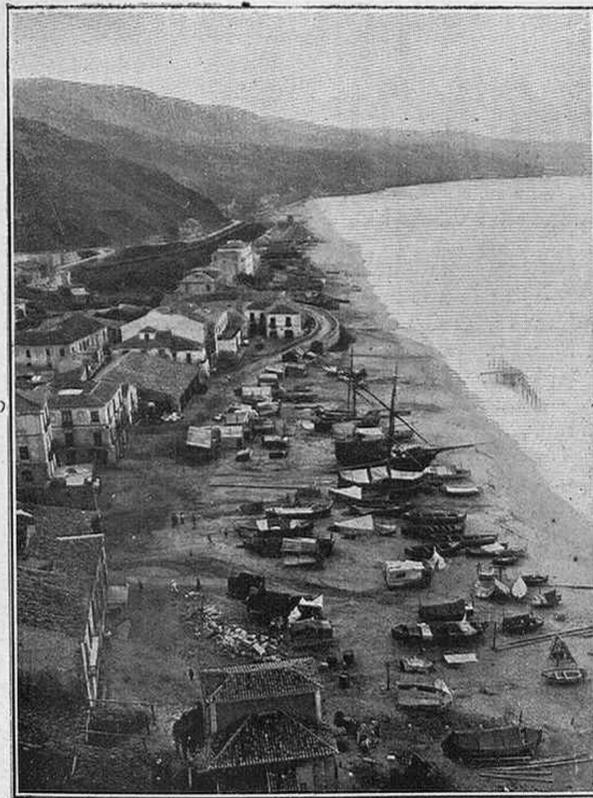


PIZZO. — Barracones instalados en la plaza principal

EN CALABRIA

DESPUÉS DE LOS TERREMOTOS

Mucho tiempo habrá de transcurrir todavía antes de que pueda reanudarse la vida normal en los desolados campos de la Calabria. Aún tiembla allí el suelo, y para colmo de desdichas se han desencadenado en aquella región horribles temporales que han arrasado los campos y destruido las cosechas.



PIZZO. — Barcas y barracones destinadas á albergues

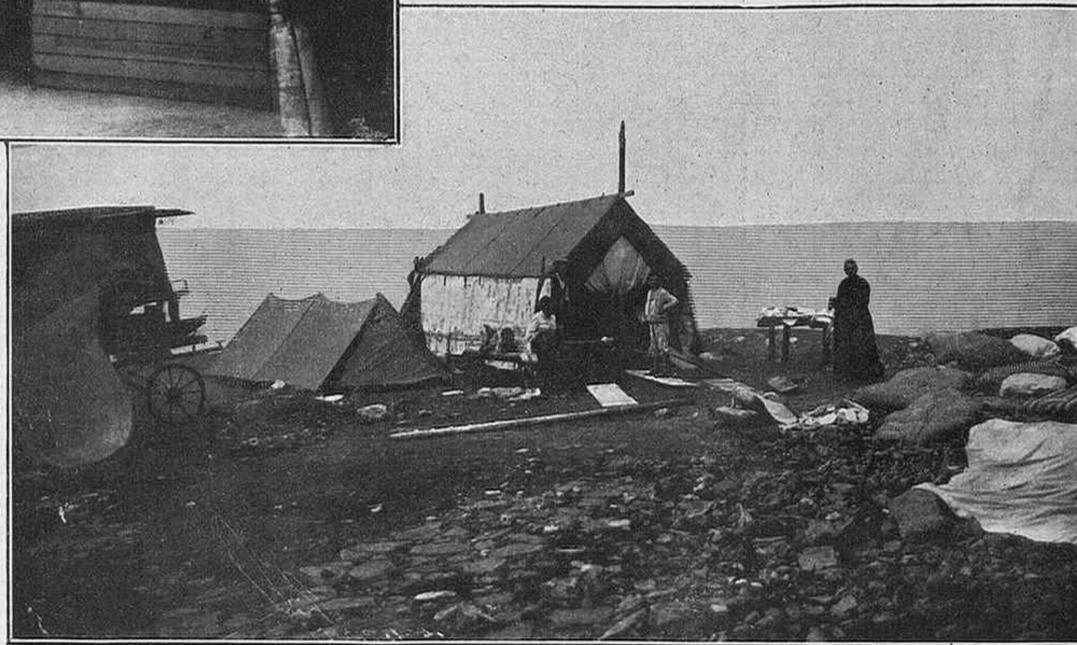
Al presente aún no ha podido calcularse la magnitud de los daños producidos por la catástrofe; aproximadamente estimanse en 10.000 el número de viviendas arruinadas y en 50.000 el de personas que á consecuencia de ello han quedado sin albergue. Las primeras sacudidas sísmicas destruyeron las cabañas de los aldeanos, en su mayoría hechas de tierra; pero muchos de los edificios que se libraron de la destrucción inmediata, han debido ser luego derruidos porque amenazaban desplomarse.

Uno de los primeros cuidados del rey Víctor Manuel, en su viaje por la comarca devastada, ha sido proporcionar asilos provisionales á esas poblaciones sin casa ni hogar, y por orden suya varios soldados, cuya abnegación ha llegado á veces hasta el heroísmo, han construido en los sitios recorridos por el monarca barracones para albergar á aquellos infelices, muchos de los cuales eran presa todavía de tal terror, que por nada del mundo querían abrigarse bajo techado y acampaban como podían al aire libre ó se refugiaban en los vagones del ferrocarril.

mente conmovedor el que ofrecen estos rebuscadores cuando tras inauditos esfuerzos y á veces con riesgo de su vida, logran llevarse alguna silla, un cajón de un armario, un lío de ropas, algún objeto de vajilla milagrosamente salvados.

«Una atmósfera pestilente—dice el corresponsal de un importante periódico francés—se cierne sobre esas casas derrumbadas, sobre esas paredes que vacilan, sobre esos informes montones de piedras y maderas que ocultan todavía cadáveres en descomposición y que registran y descombran los soldados, cuyo ánimo desfallece no pocas veces ante las dolorosas escenas que á su vista se desarrollan. Es este, realmente, el país del espanto y de la desolación.

»¡Y cómo describir esos hospitales, en donde no se oyen sino gemidos y estertores, repletos de heridos, de enfermos, de pacientes medio locos cuyos ojos extraviados conservan todavía las espantosas visiones que los hirieron en la noche del desastre!»



PARGHELIA. — Barraca en donde se alberga una familia noble

En Pizzo, al día siguiente del terremoto, la población se instaló en la playa, en barracones y lanchas. En Martirana, el teatro fué convertido en posada en donde se acomodaron varias familias lo mejor que pudieron, en la platea, en los palcos, en el escenario, en los corredores.

¡Y cómo tienen que vivir todas esas pobres gentes que lo han perdido todo, cuyos ajueres han quedado sepultados bajo montones de ruinas!

Durante el día, aquellos infelices se dedican, ayudados por la tropa, á remover los escombros de las que fueron sus viviendas, procurando extraer de entre ellos trozos de sus lechos, algunas prendas de vestir ó alguno de sus rústicos muebles; y los testigos presenciales describen como espectáculo alta-

La caridad, como dijimos en el número anterior, ha acudido á aliviar tantos males, y los representantes de los comités de auxilios de Milán, Génova y otras capitales han visitado los sitios damnificados y en colaboración con las autoridades proceden á la distribución de socorros que de toda Italia se envían á Calabria.

La visita del rey Víctor Manuel ha levantado no poco el ánimo de aquellas poblaciones, las cuales han acogido con veneración casi religiosa al joven monarca, que, abandonando las comodidades de su corte, ha querido arrostrar todas las molestias y hasta los peligros del viaje para socorrerles con sus propias manos y prodigarles palabras de consuelo.—N.

(Fotografías de Carlos Abeniakar.)



TROPEA. — Una misa de campaña

EL ACUERDO FRANCO-ALEMÁN

Á PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Vencida la crisis gravísima que motivó la dimisión del ministro de Negocios Extranjeros de Francia, M. Delcasé, y que por un momento hizo temer que estallara la guerra entre esta nación y Alemania, entabláronse entre ambas potencias negociaciones diplomáticas para llegar á un acuerdo sobre la cuestión de Marruecos. Esta tarea delicada y difícil fué encomendada á dos notables diplomáticos: en representación de Francia, M. Revoil, director del gabinete del ministro de Negocios Extranjeros; y por Alemania, el Sr. Rosen, recientemente nombrado representante de su país en Tánger, en substitución del Sr. Tattenbach.

El 8 de septiembre último celebraron la primera conferencia y el 26 pudieron dar por terminada su misión, dejando resuelto á satisfacción de todos el conflicto y redactado el programa para la conferencia internacional que se celebrará en Algeciras. Este programa comprende cuatro puntos: 1.º, organización de la policía fuera de las regiones fronterizas y reglamento para la vigilancia y represión del contrabando de armas; 2.º, reforma financiera, creación de un banco de Estado con privilegio de emisión y encargado del saneamiento de la moneda; 3.º, estudio de una mejor administración económica y de nuevos ingresos; 4.º, compromiso por parte del Maghzen de no enajenar ninguno de los servicios públicos en provecho de empresas particulares y de adjudicar las obras públicas sin preferencia de nacionalidades.

MAURICIO CARRIÓ Y SERRACANTA,

HÉROE DEL BRUCH,

OBRA DE FRANCISCO MORELL Y CORNET

Al apoderarse alevosamente el ejército francés en 1808 de las principales plazas fuertes de la península, los manresanos protestaron quemando en la Plaza Mayor de aquella ciudad el día 2 de junio el papel resellado con la odiosa marca del usurpador. Este hecho, primera explosión del patriotismo, dió lugar á que el general francés Duhesme dispusiera que una división, al mando de Swartz, cañoneara á los manresanos, quienes dirigidos por el ilustre canónigo Montaña y por Mauricio Carrió, al frente de los somatenes de la comarca derrotaron en los riscos del Bruch á las huestes francesas, logrando la primera victoria de las armas españolas.

Este hecho memorable es el que el Ayuntamiento de Manresa conmemoró el día 1.º de septiembre último, colocando solemnemente en la galería de manresanos ilustres el retrato del insigne Carrió, obra del pintor Sr. Morell y Cornet.

AMO Y CRIADOS

(RECUERDOS INFANTILES)

Después de varios años de ausencia he vuelto al hogar de mis mayores. Las calles están solitarias y lóbregas. Sólo de vez en cuando, á lo lejos, se ve una débil luz de petróleo. Llego á mi casa; la puerta se halla entornada, y temblando de emoción empujo y entro.

—Avemaría, digo en alta voz con el tonillo que usan los que no son de la familia.

¡Qué placer siento al llamar así! Además quiero darles una sorpresa.

—Sin pecado concebida. ¿Quién es?

—Yo.

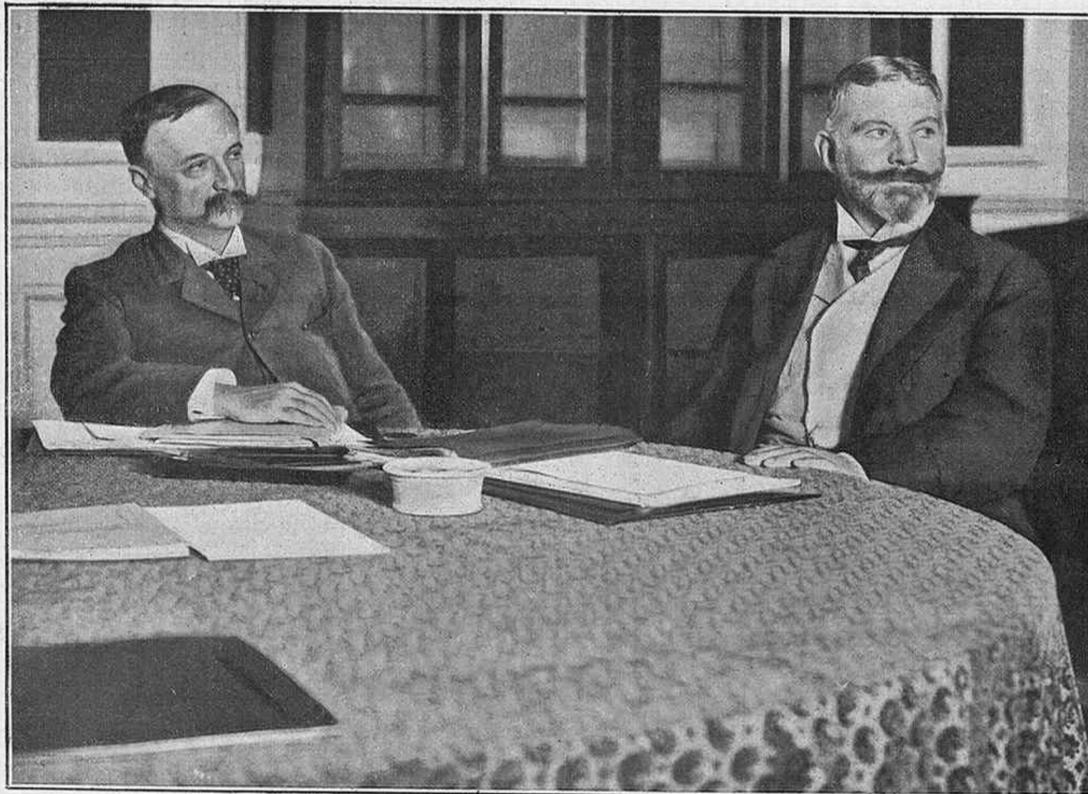
—Esperad, que os alumbraremos.

Arriba, en los dos bancos del fuego donde se ca-

lientan mi padre, mi hermana y mi sobrina, míranse éstos algo extrañados. Es forastero, deben de decir, porque si fuera del pueblo adivinarían por la voz que era *el tío Fulano*.

Luego la chiquilla, saltando de placer, dice gritando:

—¡Si es mi tío!

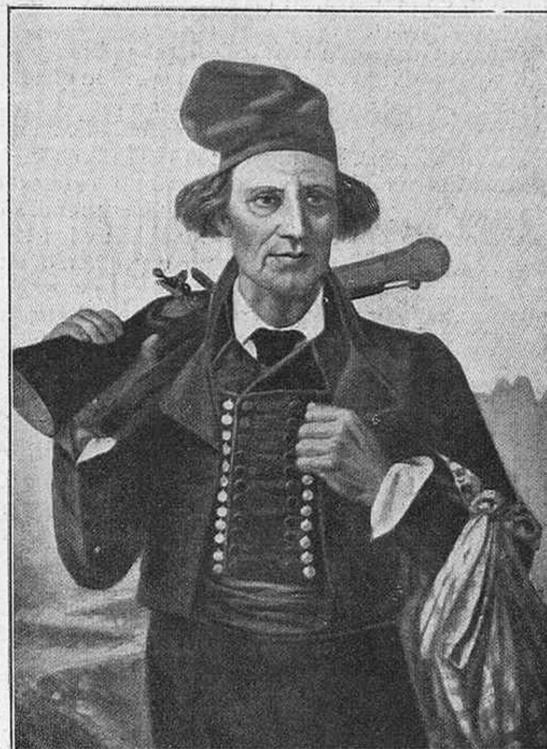


TERMINACIÓN DEL INCIDENTE FRANCO-ALEMÁN Á PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. — Última entrevista de M. Revoil (el personaje de la izquierda) y M. Rosen (el de la derecha), de la que salió el acuerdo definitivo para la próxima conferencia internacional. (Fotografía de «Photo-Nouvelles».)

Pronto se sabe que he llegado y no tardan en venir á verme los demás de la familia, los vecinos y los antiguos jornaleros de casa. «Estás más grueso.» «Casi no te conocía.» «Hará muchos años que faltas, ¿verdad?» «¿Pasarás aquí muchos días?» me dicen. Otro pregunta:

—¿Y qué hay en la ciudad?

—Pues en la ciudad huelga de los obreros X.



Copia del retrato de D. MAURICIO CARRIÓ Y SERRACANTA, héroe del Bruch, hijo benemérito de la ciudad de Manresa, que fué colocado en la Galería de manresanos ilustres el día 1.º de septiembre último. Obra de Francisco Morell.

—Allí unos ú otros siempre están en huelga...

—Así es.

Y mientras la conversación se desliza tranquila y cariñosa al ver aquellos hombres que conozco de toda mi vida cultivando nuestras haciendas y uniendo su sudor á los frutos que mi padre almacena, yo

recuerdo muy bien los malos años, las cosechas tardías ó muertas en flor por la sequía ó por el frío. ¡Qué bien lo recuerdo!

—Avemaría.

Así llamaba también el rapaz de cara terrosa y sucia, de pelo enmarañado; iba con una chaqueta sin botones, larga de talle y de mangas, casi descalzo y con unos pantalones cortos y remendados.

Al decir mi madre «¿Quién es?» el muchacho ya estaba arriba. Era el hijo de un peón de casa ó de una de las lavanderas.

—Tía Liboria, *mía* dicho mi madre que tome esto.

Y *aquello* eran algunos tordos, un manojo de espárragos silvestres ó varias anguilas, comida demasiado apetitosa para aquellos infelices.

—Le dices á tu madre, contestaba la mía, que muchas gracias. Espera.

Y sacaba luego dos ó tres panes, un puchero de aceite ó una peseta, además de algunas ropas usadas.

Yo, niño al fin, creyendo que el obsequio había de ser más desinteresado, le advertía á mi madre que «aún ganan ellos con el regalo.»

—Sí, hijo mío, ¿no ves que son pobres? De todos modos, la voluntad se ve.

Otras veces venían para manifestar humildemente que «mi Julianillo tiene la chaqueta muy vieja y

ha de tomar la primera comunión.»

Y ya se sabía: mi americana de diario pasaba á poder de Julianillo.

—Mire, tía Liboria, no tenemos harina para la semana que viene; habrá de dejarnos una fanega de trigo.

—Bueno, mujer, bueno.

—Que se nos ha acabado el aceite, tía Liboria, y además necesito dos duros para el tercio de la contribución.

—Bueno, bueno. Y Fermín, ¿qué hace?

—Pues, mire, por leña ha ido. Como hace este tiempo...

La tierra estaba aterida y seca. «¡Qué frío hace, santo Dios!» y se frotaban las manos al calor de la lumbre.

No había jornales y hasta la primavera no los habría; pero el trabajador no se quejaba ni se moría de hambre. La casa del amo estaba siempre abierta para él. Por eso, en su tiempo, mi hermano el mayor ó mi padre dábanme el siguiente recado:

—Ve, dile al tío Ramón que mañana *ha de ayudarnos*. Y de allí, que te viene de paso, avisas al tío Fermín y á Carlos.

No faltaban, no. Aquellos jornaleros me tuteaban y yo les trataba de usted, porque eran ya hombres. Juntos trabajaban, amo y criados, en el campo. Juntos comíamos en la mesa del mismo pan, del mismo vino bebíamos y no había distinción en los manjares. Alternábamos todos en la conversación, sin que para nada influyera la condición de unos y otros. ¡Con qué gusto lo recuerdo!

Aquellos jornaleros llevaban las cosechas á casa del amo y en ella encontraban siempre lo que necesitaban. En sus hombros salía la caja que encerraba los restos mortales del abuelo, del hijo ó del nieto, y al entierro del jornalero no dejaba nunca de asistir el que fué su amo.

Ya viejo el criado, cuando sus fuerzas no le permitían casi andar, en el hogar del señor pasaba muchos ratos, donde no le faltaba ni el tabaco ni el vino. Al caer la tarde se retiraba. Seguramente las fincas que él había regado con su sudor regábalas ahora el hijo ó el yerno.

Todo esto pensaba yo en mi reciente viaje á la casa solariega, donde no hay brazos que amenazan, ni corazones que odian, ni miradas que ofenden: donde no se predica más que con el ejemplo. ¡Deberes y derechos! Nadie los concreta, nadie los invoca, porque todos, amos y criados, los practican sin darse cuenta...

FRANCISCO GIRALDOS.

EXCURSIÓN CINEGÉTICA EN AUTOMÓVIL

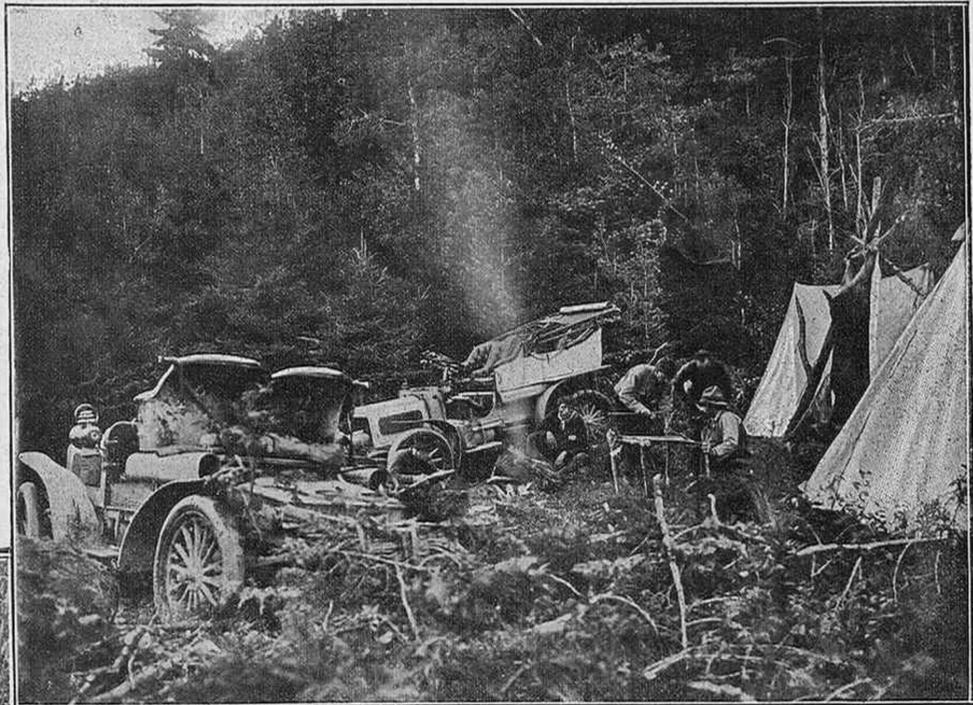
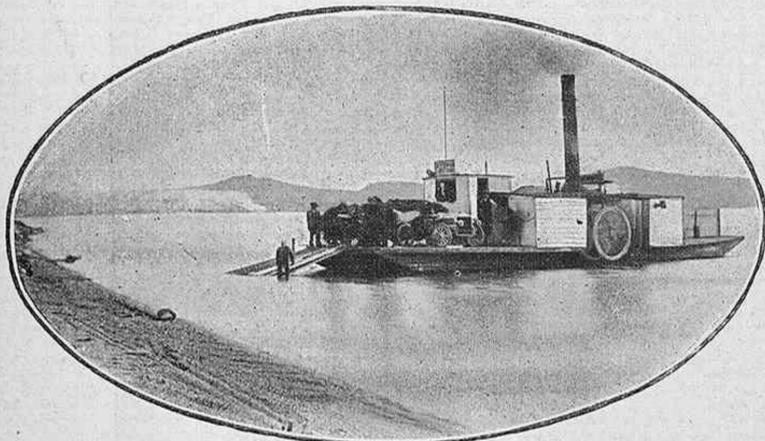
Á TRAVÉS DE LOS GRANDES BOSQUES DEL MAINE Y DEL CANADÁ

De gran interés son para los automovilistas en general los detalles de la excursión cinegética que, acampando en los bosques del Maine y Canadá, han realizado en tres automóviles White, de vapor, los Sres. Ezra H. Fitch, Augusto Post, A. F. Edmunson, R. H. Johnston y N. Lazarnick.

Dice el Sr. Ezra H. Fitch: «Creo que la excursión de 546 millas, que terminó con toda felicidad en Bic, Canadá, ha demostrado perfectamente que un automóvil puede llevar todos los víveres y efectos necesarios para

»Salimos de Portland, Maine, el 25 de agosto y fuimos hasta Mattawamkeag, siguiendo la vía del central del Maine. Allí dejamos la línea del ferrocarril y proseguimos directamente al Norte, hacia Patten. Cerca de esta ciudad tuvimos unos momentos emocionantes atravesando á toda velocidad un bosque ardiendo, y aunque nos detuvimos en Patten toda aquella noche, estábamos dispuestos para echar á correr al primer aviso, si un cambio en la dirección del viento hacía temer que el fuego se propagase á la ciudad.

»Al salir de Patten hallamos una serie constante de alturas; el camino era enteramente

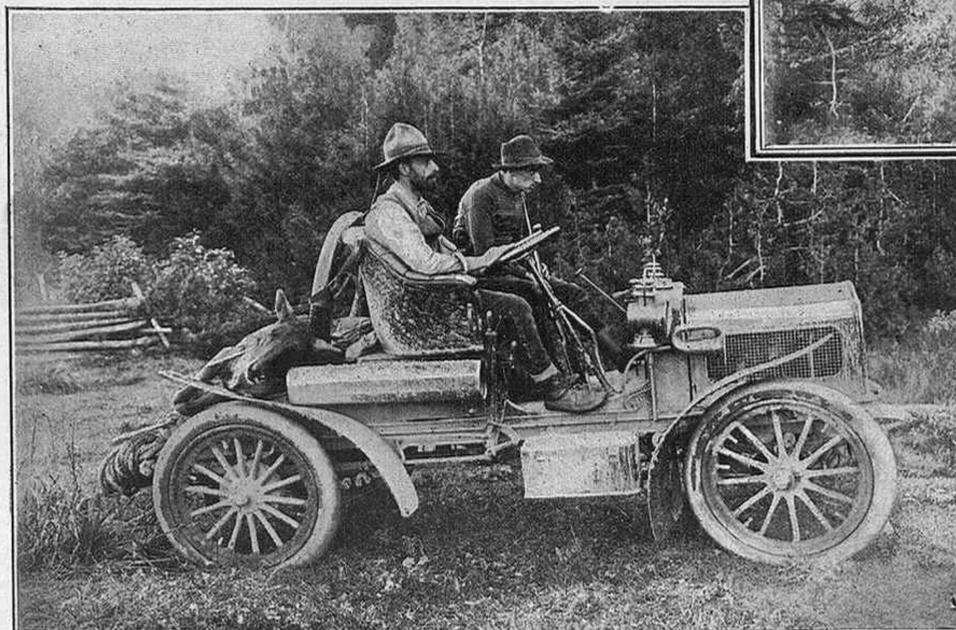
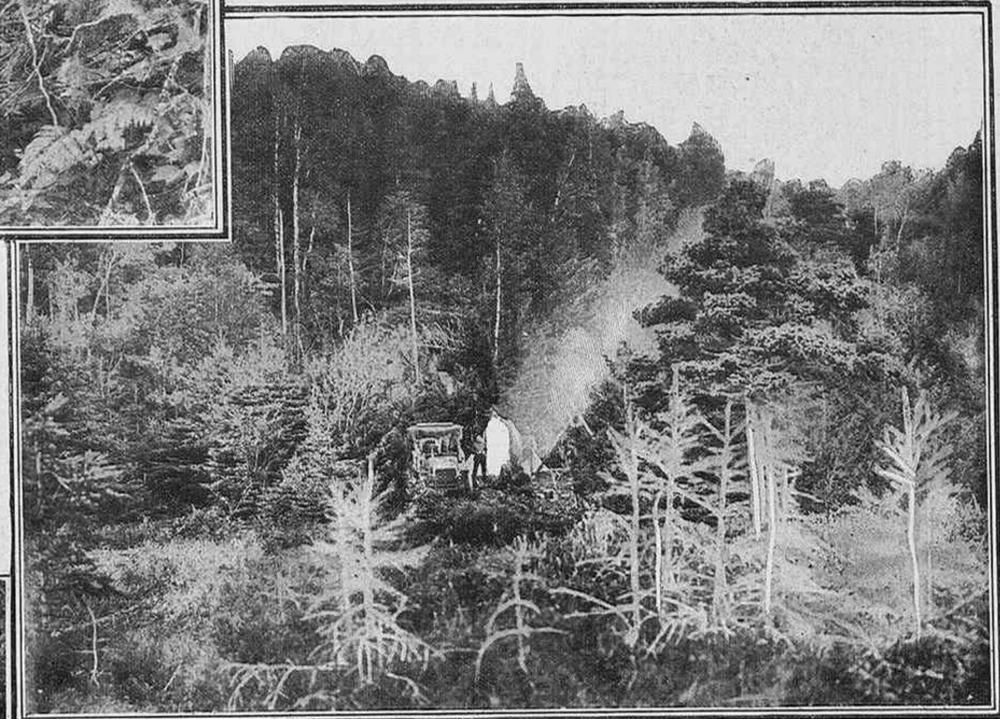


recto, así es que desde la cima de cada una veíamos delante de nosotros un largo trecho de los que teníamos que recorrer. A unas cuantas millas de Patten el camino se inclinó al Este, y allí supimos que cuatro ó cinco automóviles que habían llegado hasta aquel punto, habían tomado todos la dirección del Este, que era la única que estaba indicada en el mapa. Sin embargo, nosotros continuamos en línea recta y pronto nos encontramos en un terreno quebrado y agreste, á cuyos habitantes causó la llegada de nuestras máquinas la mayor de las extrañezas; pero aún fué más grande la que experimentaron los caballos.

»Cerca de Masardis, por primera vez levantamos las tiendas en el bosque. Después atravesamos por el Ashland y continuamos por en medio de un bosque muy espeso, donde en un trayecto de 15 millas no vimos señal

una persona, sin tener ésta que recurrir á alojarse en hoteles, ni casas de campo. Ya sabíamos, antes de partir, que nos habíamos trazado un itinerario dificultoso y para él nos preparamos, llevando hachas, una pala, un azadón, una barra, un tajo y cuerdas. De todo hubo que echar mano, especialmente de las hachas para cortar ramas y árboles caídos que obstruían el camino.

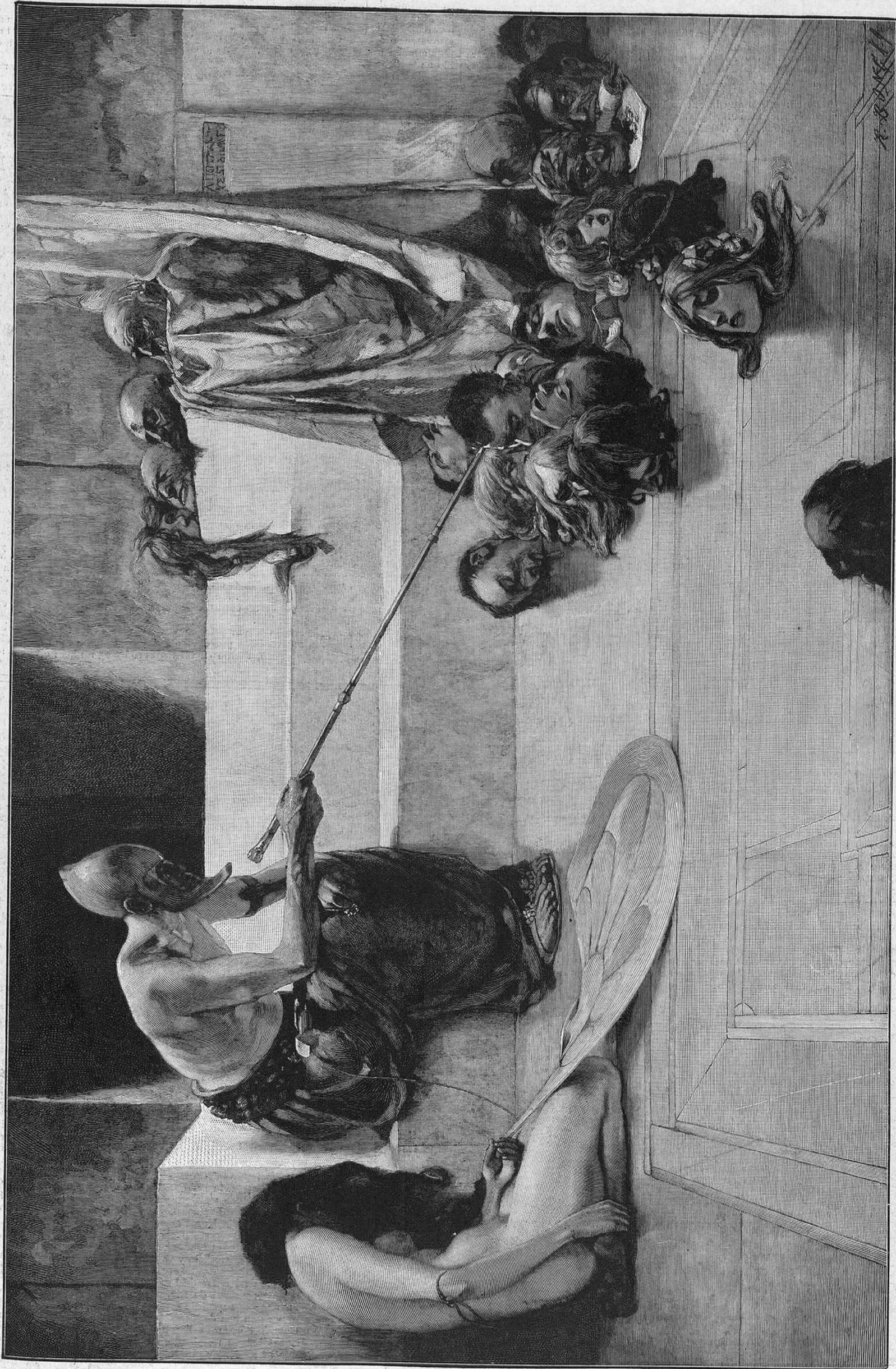
»Además de todas esas herramientas, llevamos cuatro tiendas de campaña de seda, una batería de cocina de aluminio, sacos para dormir, colchones de aire, víveres, latas de conservas, escopetas y aparejos de pesca; en resumen, cuanto la experiencia aconseja que se lleve para acampar con comodidad. Todos los que componían la partida pueden atestiguar que lo han pasado tan perfectamente como en sus propias casas, y me parece que nadie podrá apreciar debidamente los placeres del automovilismo, si no ha viajado en uno bueno, lejos de los caminos ordinarios.



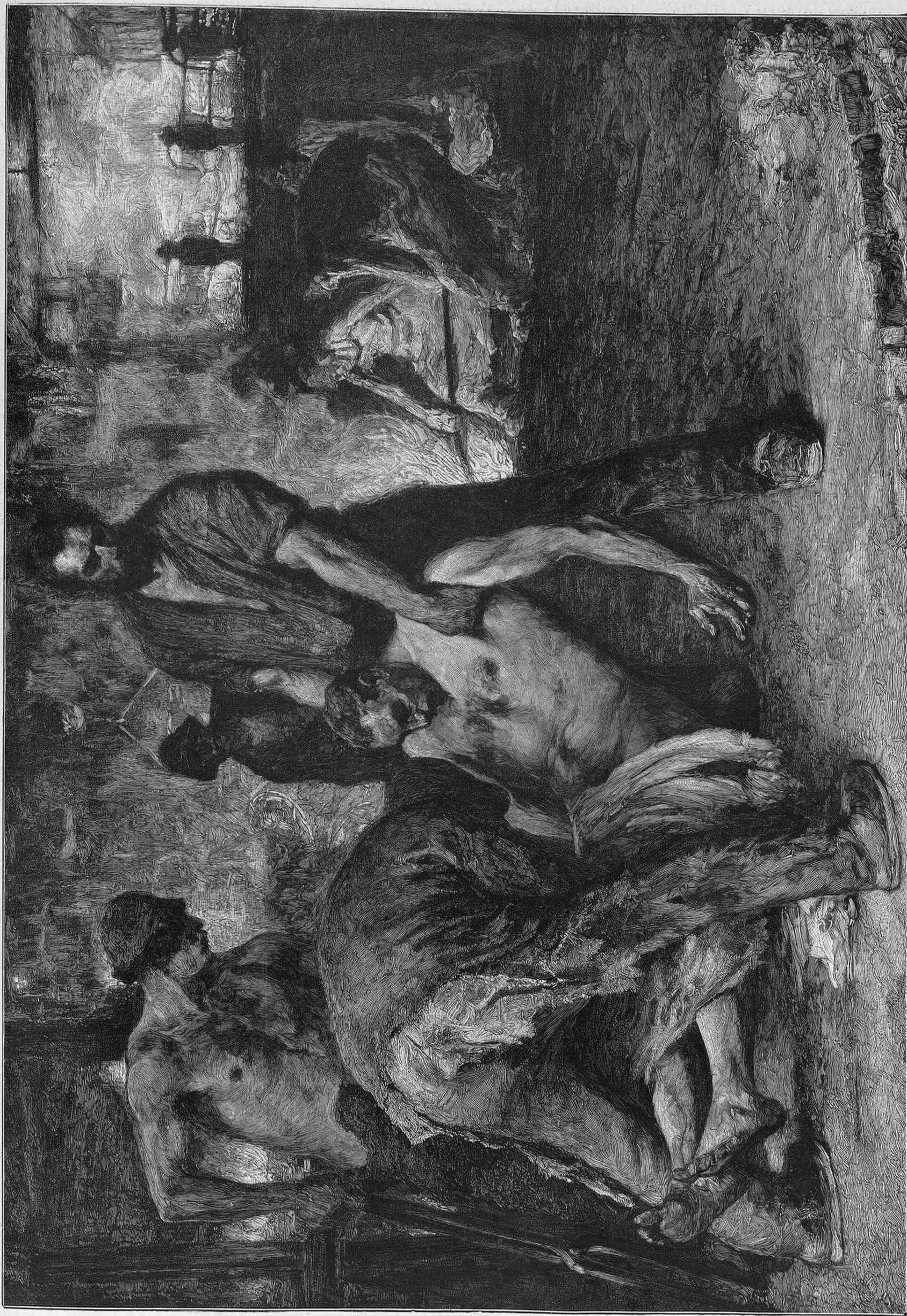
alguna de morada humana. Cuando hubimos llegado á una comarca cultivada cerca del lago del Aguila, nos encontramos con que todos los habitantes eran de origen francés, siendo sumamente raro tropezar con una persona que supiese hablar unas cuantas palabras en inglés. Esto mismo nos sucedió hasta el término de nuestro viaje; al parecer, aquel país era tan francés como si estuviéramos recorriendo la Normandía.

»Llegamos á la frontera de los Estados Unidos en el Fuerte Kent, Maine, vadeamos el río San Juan y penetramos en la provincia de Nueva Brunswick. De allí seguimos á Edmunston, y después el camino torció otra vez directamente al Norte, hacia Notre Dame du Lac. Mientras atravesábamos los bosques cacé varias perdices, sin abandonar mi puesto junto á la rueda conductora. Llegamos á Saint Honoré, después de haber recorrido varias millas ascendiendo continuamente, y ya allí nuestros automóviles descansaron en la cima de la cordillera que separa la cuenca del río San Juan de la del San Lorenzo. Desde Riviere de Loup, seguimos la orilla poco habitada del bajo San Lorenzo, y cerca de Bic, pasamos varios días entregados á la caza mayor. Tuvimos la suerte de matar un hermoso caribou (especie de ciervo) que cargamos en una de las máquinas y lo trajimos triunfalmente al campamento. Cuando llegamos á Bic, llevábamos dos semanas de camino; y como las vacaciones habían terminado, dimos fin á la excursión, regresando á casa por ferrocarril.» - X.

Excursión cinegética en automóvil á través de los grandes bosques del Maine y del Canadá.— Transporte de los automóviles en una barcaza en un lago canadiense. — El campamento. — Los expedicionarios derribando árboles para abrir un camino para los automóviles. — En plena selva virgen. — Regreso al campamento con el botín de caza. (Fotografías de N. Lazarnick, de Nueva York, comunicadas por la Agencia «Photo-Nouvelles», de París.)



EL REY JEHÚ, cuadro de A. Hoffmann de Vestenhof



EN LA FUNDICIÓN DE HIERRO, cuadro de Oscar Popp

D. FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

El que por la labor realizada durante su vida hubiera de calcular la edad en que ha fallecido Navarro y Ledesma, creería que el eminente publicista cuya muerte lloran hoy las letras españolas había llegado cuando menos á los límites de la ancianidad. Y sin embargo, este escritor insigne, este humanista profundo, este periodista brillante, este sabio y erudito profesor era joven, muy joven, no contaba más que treinta y seis años.

Había nacido en Toledo y hecho allí sus primeros estudios, consagrando el tiempo que éstos le dejaban libre á escudriñar los archivos de aquella catedral, y acopiando de esta suerte los primeros materiales de su erudición vastísima, que completó luego en Madrid, en donde cursó la carrera de Derecho, la de Filosofía y Letras y la de Archivero y Bibliotecario. Comenzó sus trabajos periodísticos en *El Globo*, fundó luego el semanario festivo *Gedeón* y últimamente era colaborador asiduo de *Blanco y Negro*, *A. B. C.*, *El Imparcial*, *La Lectura* y de otros importantes periódicos y revistas. Desempeñaba además la cátedra de Preceptiva literaria del Instituto de San Isidro, daba frecuentes conferencias en el Ateneo de Madrid y aún le quedaba tiempo para leer cuanto bueno se escribía en España y fuera de ella y para escribir libros de texto que pueden citarse como modelos y obra tan original y admirable como *El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, publicada con ocasión del cuarto centenario del *Quijote*, y de la cual se ha dicho con razón que en ella puso Navarro y Ledesma «algo más que sus penosas rebuscas y exhumaciones de erudito; puso su alma y sus amores, las ricas galas de una fantasía que se siente despertar á las supremas inspiraciones del arte.»

Uno de los más brillantes triunfos de Navarro y Ledesma fué la oposición á la cátedra que al morir desempeñaba. Tomaron parte en ella opositores de gran valía, como lo prueba el que todos ellos ocupan hoy cargos en la enseñanza oficial; y el tribunal se componía de catedráticos ilustres, entre ellos don Gumersindo de Azcárate, y personas tan competentes como D. Eduardo Vincenti y el Sr. Ortega Munilla. Desde los primeros momentos destacóse Navarro y Ledesma de tal suerte, que cuando se publicó el fallo en que se le concedía el primer lugar, sus compañeros le abrazaron reconociéndole por maestro. Nunca una resolución de un tribunal de oposiciones ha sido acogida con más aplauso aun por los mismos que con ella veían defraudadas sus esperanzas.

En el periódico, en el libro, en la tribuna del Ateneo y en la cátedra del Instituto fué Navarro y Ledesma una autoridad por todos reconocida, y la fama en todas estas ramas de la actividad intelectual alcanzada, conquistóla por su solo y propio esfuerzo, por su gran talento y por su aplicación constante, de todos los días, de todas las horas, al estudio y al trabajo. Fué



D. FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA, fallecido en Madrid en 21 de septiembre último. (De fotografía.)

un laborioso obrero de la inteligencia que no descansó un solo instante en su afán de acopiar conocimientos; fué un maestro insigne que ni un momento dejó de difundir los tesoros de saber que en su espíritu guardaba. ¡Descanse en paz!

MONUMENTO Á NUMANCIA

Este monumento, cuya inauguración presidió S. M. el rey D. Alfonso XIII, álzase en el lugar en donde existió la heroica Numancia y consta de tres cuerpos. El superior es un esbelto obelisco de nueve metros de alto por 1'30 de ancho en su parte inferior, al que sirve de base una sencilla moldura; el segundo consiste en un dado cuadrado liso, dividido en tres hiladas de 2'80 de lado por 1'50 de alto, y descansa sobre una cuarta hilada más saliente; el inferior es de planta cuadrada, de 6'50 de alto por cuatro metros de lado en su parte media, está construído de mampostería revestida de piedra sillería, tiene tres escalones que le sirven de asiento y remata en una cornisa. En las cuatro caras de este basamento hay otras tantas lápidas labradas por D. Emilio Molina, según dibujos del eminente artista y académico D. Manuel Domínguez, que contienen una alegoría de Numancia, con sus gloriosos trofeos, los nombres de los más heroicos defensores numantinos, una inscripción recordatoria de la visita que á las venerandas ruinas hicieron en 8 de septiembre de 1903 S. M. el rey D. Alfonso XIII y SS. AA. RR. los príncipes de Asturias, y otra con una dedicatoria al Excmo. Sr. D. Ramón Benito y Aceña, á cuyas expensas se ha erigido el monumento. La construcción del mismo ha sido dirigida primero por D. Bernabé La Mata, y á la muerte de éste, por D. Patricio Martínez, siguiendo las in-

dicaciones del académico D. Eduardo Saavedra y del arquitecto D. Aníbal Alvarez.

El monumento, como hemos dicho, ha sido costado por D. Ramón Benito Aceña, hablando del cual dice un periódico de Soria:

«La biografía de nuestro querido senador D. Ramón B. Aceña, cuyo nombre se pronunciará siempre por los sorianos con sagrado respeto, podría sintetizarse en muy pocas palabras, las siguientes: es un hombre honrado, un perfecto caballero, un patriota, un buen sorianista. Todas las particularidades de su vida, toda su historia está condensada en estas afirmaciones. D. Ramón B. Aceña no es político más que para defender á su país querido, y dentro de la política no ha tenido más ambiciones que las de coadyuvar al engrandecimiento de Soria.»

Y después de trazar los principales rasgos de su vida, consagrada por entero al trabajo, y de señalar los grandes servicios por él prestados á la ciudad que en 1871 le eligió por primera vez diputado á Cortes y á la provincia cuya representación ostenta actualmente en el Senado, termina diciendo: «Realizadas las principales aspiraciones de su vida, habiendo prestado á su país tan señalado servicio (la concesión del ferrocarril de Torralba á Soria), ya tenía el Sr. Aceña derecho á descansar, ya tenía sobrados méritos para ser querido de todos sus paisanos; mas, sin embargo, todavía se le ve, en estos últimos años, formando parte de cuantas comisiones solicita el gobierno algo para Soria, y por último ahí está su última obra, realizada por él solo, empresa eminentemente patriótica que borra una vergüenza nacional, cual era la de que sobre el sitio que ocupó la gloriosa Numancia no hubiese algo que indicara dónde existió el pueblo que á través de los siglos sirve de ejemplo á los pueblos libres, nobles y valerosos. Si con legítimo orgullo podemos decir que Numancia fué modelo de pueblos, D. Ramón B. Aceña es modelo de patriotas y de hombres de bien.»

EL REY JEHÚ

(Véase la lámina de la página 656)

Era Jehú uno de los capitanes de Joram, cuando el profeta Eliseo le ungió rey de Israel y le ordenó que exterminara la casa de Acab y restableciese el culto del verdadero Dios. Jehú dió muerte á Joram, subió al trono, que ocupó desde 876 á 848 antes de Jesucristo, pidió las cabezas de los setenta hijos ó parientes de Acab existentes en Samaria, mandó degollar junto á una cisterna á los hermanos de Ocozias que, en número de cuarenta y dos, habían salido á saludarle y matar á todos los ministros de Baal.

Tal es el personaje bíblico que con tanta maestría reproduce el notable pintor alemán Hoffmann de Vestenhof. El cuadro es horripilante, no hay que negarlo; pero en él se advierte la mano de un consumado maestro.

EN LA FUNDICIÓN DE HIERRO

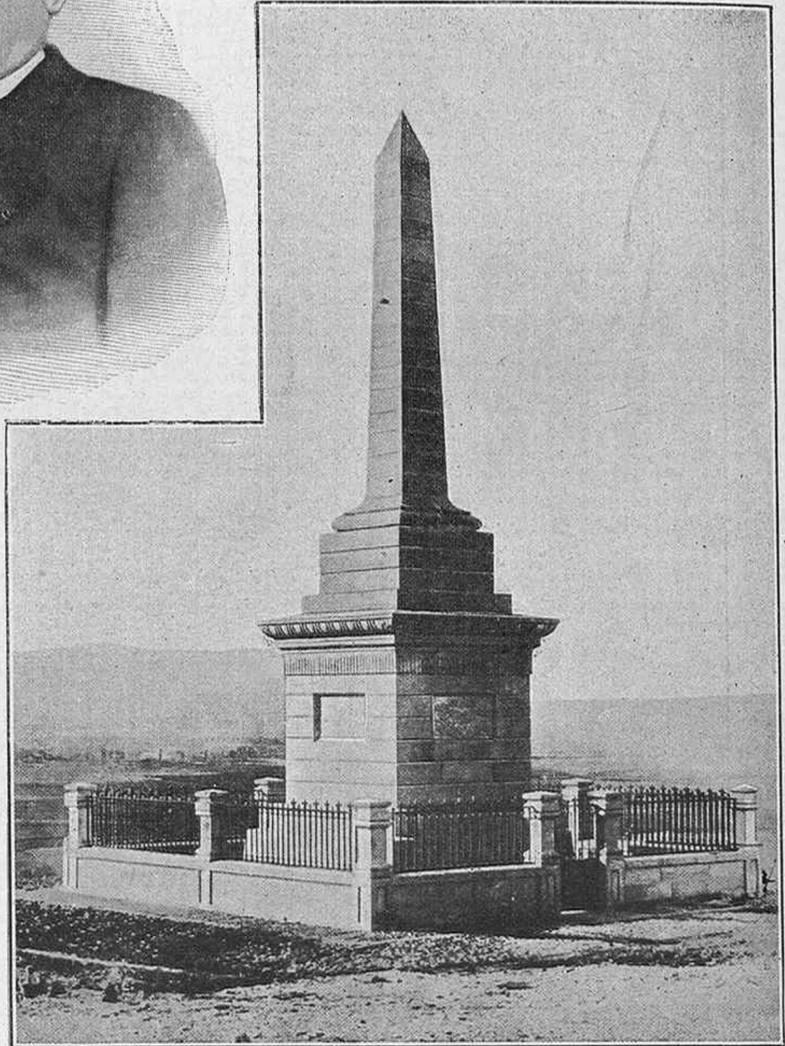
(Véase la lámina de la página 657)

No es necesario explicar el asunto de este cuadro: ese obrero á quien dos de sus compañeros recogen casi exánime del suelo; esos otros trabajadores que le contemplan más que con dolor con expresión de curiosidad reveladora de que sus almas están curtidas en estos trances; los que en el fondo prosiguen su tarea sin preocuparse siquiera del accidente de que ha sido víctima uno de los suyos, son datos más elocuentes que una descripción minuciosa.

El autor de esta obra, Oscar Poppe, nació en Leipzig en 1875, ha estudiado en la Academia de Dresde, bajo la dirección de Armando Prell, y se ha dedicado especialmente á reproducir escenas de la vida de los célopes modernos, que ha observado directamente en las grandes fundiciones de Westfalia, de Sajonia y de Inglaterra. En el cuadro suyo que publicamos, la composición, las figuras, los contrastes de luz y sombra, todo es grandioso cual corresponde al tema por el pintor escogido.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin, VIOLET, 20, B^{is} ITALIENS, PARIS.

Espectáculos.—*Barcelona.*—En el Eldorado ha debutado una notable compañía de declamación italiana, dirigida por el Sr. Ferruccio Garavaglia, que en cuantas obras puestas en escena hasta ahora ha demostrado ser uno de los actores más eminentes entre los muchos y muy renombrados que ha podido admirar nuestro público. Ha estrenado *Il Cavaliere*, drama en cuatro actos de Antona Traversi, arreglo de una novela de Parker; *Il povero Piero*, drama en tres actos de F. Cavallotti; *La fine di Sodoma*, drama en cuatro actos de Sudermann; *Viaggio di nozze*, drama en tres actos de Antona Traversi; *Il capitán Fracassa*, comedia heroico-cómica en cinco actos de C. Giogeri Contri y Dante Signorini, inspirada en la novela del



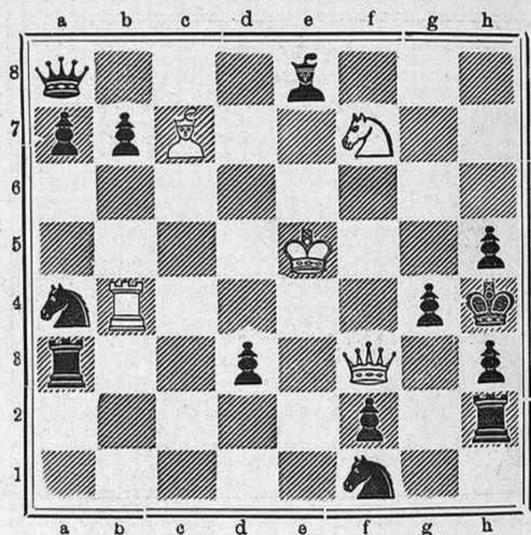
SORIA. — Monumento erigido en las ruinas de Numancia por el Excmo. Sr. D. RAMÓN BENITO ACEÑA. (De fotografía.)

mismo título de Teófilo Gautier; y *L'artiglio*, drama en un acto de Juan Sartene, traducido por Antona Traversi.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 401, POR K. ERLIN Y O. NEMO.

NEGRAS (14 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

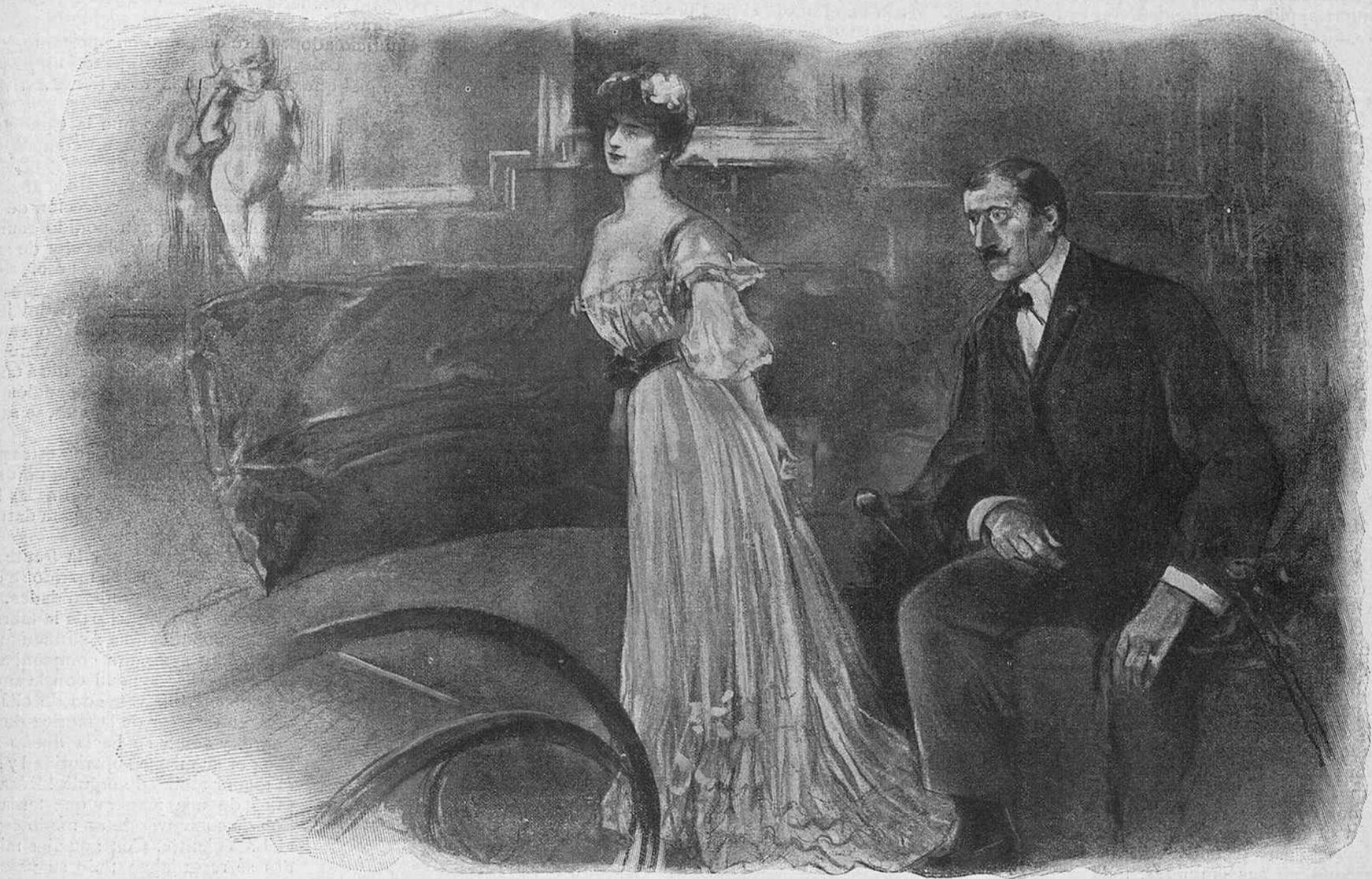
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 400, POR W. A. SHINKMAN

- | | |
|----------------------|-----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. a7-a8 (C) | 1. Tg2-g7 jaque |
| 2. Ca6-c7 | 2. Tg7-g2 |
| 3. Ca8xb6 | 3. Cualquiera. |
| 4. Ce4-f2 ó g3 mate. | |

VARIANTES

1.... b6-b5; 2. Ca8-c7, b5-b4; 3. Ca6xb4, etc.



Donde estaba una mujer alta, morena, muy hermosa...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

—Jueves, no hay función, dijo el comisario.
—Sí, los artistas descansan.
Entraron por la calle de Gluck, siguieron la acera, y al llegar casi á la esquina del bulevar Haussmann, Mauricio levantó la cabeza para mirar un entresuelo, á través de cuyos cristales brillaban luces vagamente.
—Debe estar, murmuró.
—¿Quién?, preguntó el comisario.
Mauricio se detuvo, cogió familiarmente al señor Allard por la solapa de la levita, y preguntó:
—¿Cuándo va usted á entregar á mi cuñado el proceso verbal que tiene en el bolsillo?
—Mañana por la mañana.
—¿Quiere entregárselo ahora?
—¿Para qué?
—Primero para librarse de esto, luego para darme gusto.
—Y ¿cómo?
—Acompañándome al entresuelo de esta casa.
—¿Será usted correcto?
—Va usted conmigo, respondo de todo.
—No me comprometa.
—Soy incapaz, palabra de honor.
Por la escalera de mármol, cubierta de alfombra, llegaron al primer piso. Una doncella les abrió la puerta.
—¿Está en casa la señora?
—Sí, y el barón acaba de llegar, dijo la doncella dedicándole una sonrisa familiar.
—Ya ve usted, cómo no me he equivocado, dijo Mauricio al comisario haciéndole entrar.
La criada abrió una puerta y anunció á Mauricio.
Entraron en un saloncito donde estaban una mujer alta, morena, muy hermosa, y Folentin. Este se levantó azorado, mientras la mujer tendía la mano á Mauricio.
—¿Es usted, Mauricio?, dijo la Ferico con marcado acento italiano. ¿Qué viento le trae?

—Amiga mía, me trae este señor, mejor dicho, yo le traigo á él. El Sr. Allard, comisario de policía, dijo el joven presentando al funcionario á la bailarina.
—¿Comisario de policía! ¿Se ha cometido algún crimen en la casa? ¿A qué viene este señor?
—A ver á Folentin. El señor es comisario... Nos le ha enviado él á casa hace un momento, y yo le devuelvo la fineza haciéndole venir aquí.
—¿Qué significa todo esto?, preguntó con asombro la bailarina? Mamá, ven.
—No, no, exclamó enojado Folentin, al prever explicaciones horrorosas.
—¿Por qué no?, dijo la bailarina levantando la voz.
—¿Qué sucede?, preguntó una señora vieja y bigotuda. ¿Me llamas, Giulietta?
—Sí, mamá. Aquí está un comisario de policía que viene á buscar al barón.
—No, rugió Folentin dirigiendo furiosas miradas á su cuñado. No se trata de mí. Venga usted y podremos hablar más libremente.
Diciendo estas palabras trataba de llevarse al comisario á otra habitación.
—Quédate, Fofol, dijo imperiosamente Giulietta. ¿Qué sucede? ¿Qué has hecho ó qué te han hecho? Tengo derecho á saberlo todo.
—Tanto como una esposa legítima, declaró con autoridad la vieja.
—Precisamente se trata de esto, dijo Mauricio. Señor comisario, usted se ha presentado hace un momento en casa de mi padre para requerir, de parte del señor barón de Rocher, á la señora baronesa, mi hermana, para que volviese al domicilio conyugal. No he vacilado en traerle aquí para que viese cómo pasa el tiempo mi cuñado, mientras que, como tierno esposo, reclama á su mujer. Hace una hora ha levantado usted un acta, ¿quiere usted levantar la segunda?
—Caballero, sabe usted que eso no es posible.
—Perfectamente. Me reservo el derecho de hacer-

le citar como testigo de moralidad por el presidente del Tribunal.

—¡El presidente del Tribunal!, exclamó la bailarina gesticulando y levantándose sobre las puntas de los pies como si fuese á volar.

—Sí, mientras dure el proceso de divorcio que va á empezar entre mi hermana y Folentin.

—¡Mauricio!, gritó el banquero furioso, me las pagarás.

El joven, ni se dignó contestar. Se volvió hacia la bailarina, y dándole un beso delante del mismo Folentin, le dijo:

—Querida Giulietta, me hará la justicia de agradecerme el haberle advertido antes que á nadie los graves acontecimientos que se preparan; lo he hecho á fin de que pueda aprovecharse de ellos. Cuando Folentin se haya divorciado, exíjale que la haga su esposa; se lo debe por su inexplicable fidelidad. ¡Dios sabe cuántas veces le he pedido que le engañase conmigo!

—¡Mauricio!, dijo Folentin exasperado.

—Sin embargo, no lo he conseguido; y eso que no es ni joven, ni hermoso, ni tiene talento, ni siquiera se viste bien. Lo único que le hacía tolerable era ser el marido de mi hermana.

—¡Ah, ya era algo!, declaró dignamente la madre moviendo los brazos como una primera actriz. Usted sabe, Mauricio, lo mucho que estimamos á la baronesa.

—¿Cómo, Fofol!, dijo la bailarina. ¿Te peleas con tu mujer? ¿La molestas enviándole al comisario de policía? Eso no está bien, y nunca lo hubiese creído de ti; eso es propio de un hombre mal educado.

—Dejadme tranquilo. Ya es demasiado, gritó el banquero fuera de sí. Su hermana tendrá noticias mías, Mauricio.

—Y usted nuestras.

Se inclinó ante la madre de Giulietta, acarició los hombros de la bailarina y dijo con jovialidad:

—Una vez más, señoras, les pido perdón por haber interrumpido su intimidad con este intermedio. Pero era útil... Buenas noches.

Se llevó al comisario de policía, que aún estaba bajo el peso de la sorpresa, y bajando la escalera llegó a la calle. Una vez allí, se puso a reír.

—¿Qué le parece á usted, Sr. Allard?

—¿Me habla usted de Giulietta? Es muy hermosa.

—Y juiciosa, sabe usted, muy juiciosa.

—El señor barón era demasiado feliz. Con una mujer legítima y una amiga tan encantadora, forzadamente tenía que tener muchos disgustos.

—Pues se engaña usted de medio á medio; hasta ahora no los ha tenido. Del porvenir no se puede responder.

—No cuente la aventura, que entre nosotros sea dicho, no puede ser más picante. Si los periódicos se hacen eco de ella tendría disgustos en la prefectura.

Mauricio estrechó la mano del Sr. Allard, tomando rumbo hacia su casa.

VIII

Dos años transcurrieron desde que Mauricio y el comisario de policía habían visitado á Folentin en casa de Giulietta. Rosa se había ido á América para reunirse con Evans y Raynaud. Instalada en Chiquito, en una linda casita junto al río, vivió muy tranquila y dichosa durante un año. Con interés asistía á los laudables esfuerzos que hacía Mauricio para ponerse al corriente de los negocios, y pasaba los días trabajando y leyendo en compañía de sus amigos. Nunca le había parecido tan agradable la existencia. El gran movimiento obrero que se producía á su alrededor, el entusiasmo de Mauricio para secundar á Evans y Raynaud en sus empresas, toda aquella actividad fecunda la apasionaba. Se hacía explicar las tentativas hechas y los resultados obtenidos y gozaba del grandioso espectáculo de la batalla industrial como verdadera entusiasta.

Los días le habían parecido cortos como horas, y con asombro recordaba algunas veces el tedio antiguo, en el tiempo en que triunfaba y la envidiaban. Sus compañeros, sus amigos de otra época continuarían viviendo aburridos en su París decorativo y ficticio. ¡Desgraciados! Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura y el río color de oro de Chiquito, aspiraba deliciosamente el aire perfumado de las sábanas.

Al cabo de un año, Evans había ido á visitarla de mañana, cosa contraria á sus costumbres, para decirle gravemente:

—Señora, vengo de parte de mi amigo Raynaud á preguntarle si quiere usted ser su mujer. Antes de dirigirnos á usted hemos escrito á los señores Préviniéres pidiéndoles su consentimiento, que hemos recibido ayer. No falta más que su aprobación.

—Querido Evans, vine á instalarme junto á ustedes en América, lo que fué lo mismo que quemar las naves. Entonces no sabía si podría sacarle algún encanto á la vida; hoy que la conozco, le aseguro que no puede ser ni más agradable ni más tranquila. ¿Me pregunta usted si la deseo así siempre? Sí, con todo mi corazón.

—Bueno; voy á darle su contestación á Raynaud, y haré cumplir las formalidades necesarias. Si no tiene inconveniente, la boda se celebrará aquí en Chiquito.

—¡Ojalá no tengamos que marcharnos nunca!

—Querida amiga, Valentín no puede seguir aquí. Es preciso que uno de nosotros se instale en Nueva York. Como no soy yo, soltero y viejo, quien puede hacer los honores de «Evans, Raynaud and Company», importa que los hagan usted y su marido. Con este fin hemos comprado en la Quinta Avenida el palacio de Browsther, y lo hemos hecho disponer de manera que se halle usted á gusto en él.

—Pero Browsther es una de las mayores fortunas de América.

—Era. Este año han surgido algunas dificultades con los granos y ha tenido que reducirse. Ese pala-

cio, situado enfrente del de Astor, es nuestro; usted vivirá en él desde el mes próximo, y volverá á ser la conquistadora de otro tiempo.

Rosa enrojeció y miró á su alrededor.

—Haré lo que ustedes quieran y me tendré por muy dichosa si logro complacerles. Con todo, más de una vez echaré de menos la encantadora sencillez de esta casa.

El americano tuvo un arranque de orgullo.

—La mujer de Valentín Raynaud debe estar instalada de otro modo que lo estuvo la baronesa de Rocher...

Evans se contuvo creyendo haber lastimado la sensibilidad de Rosa.

—Perdóneme, dijo sonriendo, pero nuestra razón social exige mucho aparato; es preciso colocar muy

—Lo construiremos nosotros mismos. El asunto Pullmann está terminado.

—¡Bravo!

Mauricio adoptó aire de hombre importante, y de uno de los bolsillos de su americana sacó un paquete de piel que colocó sobre la mesa frente á su hermana.

—Querida, este es un tributo que la Compañía Minera ofrece á la señora de Raynaud como á una soberana.

Ante los dos hombres que sonreían, Rosa abrió el paquete y pudo ver la más hermosa colección de rubíes que en una sola mano se han podido reunir; eran grandes como granos de maíz, de color de sangre, absolutamente iguales y del mismo peso.

—Es una maravilla, dijo la joven.

—En el mundo no existirá joya semejante; será única. Hormestein de San Francisco, que ha visto estos rubíes, no se ha atrevido á tasarlos. Asegura que, vendiéndolos separadamente y por quilates, se sacarían algunos millones.

—¿Qué voy á hacer con estas piedras?, preguntó Rosa confundida.

—Querida, dijo Valentín, las harás montar y las llevarás para darnos gusto.

Una nube pasó por la frente de Rosa. Siempre que su marido se entregaba á estas prodigalidades, el recuerdo del jardincito de la fábrica de Beaumont acudía á su memoria, y con gran amargura comparaba la conducta de Raynaud con la suya. ¡Cómo se había vengado de ella el antiguo director de la fábrica de su padre, y cómo se hacía dueño de ella por su misma superioridad y sin el menor átomo de orgullo! Rosa le miró de una manera que tenía el don de conmovér de un modo especial á Valentín. Con aquellas miradas se recordaban todo su pasado de tristezas y de errores, con la satisfacción de haber reparado unas y otros. Raynaud, sonriendo, le tendió la mano. En aquel momento entraba Evans.

—¿Están mirando estas piedrecitas?, dijo besando á Rosa en la frente. Dicen que químicamente pueden fabricarse iguales. Estas son hermosas, ¿verdad? Tengo una noticia que daros; el marqués de Condottier está en Nueva York.

—¡Ah!, dijo Rosa haciendo una mueca de desagrado. ¿Qué viene á hacer aquí?

—Lo he sabido hace un momento.

—¿En dónde?, preguntó Mauricio.

—En casa de Standish, el director de *La Internacional*. Iba á depositar los valores y esperaba la factura, cuando me dijo: «A propósito, pregunte á Raynaud si conoce á un caballero francés que está aquí ahora y que se llama marqués de Condottier. Deseamos tener informes suyos.»

—¿Cón qué objeto?

—Viene á casarse; ha cortejado á la hija de Green, de la casa Sparklet y Green; ha gustado y la pide en matrimonio. Green, como usted sabe, supone cien millones de dólares, y quiere saber lo que por su parte vale el marqués de Condottier.

—Le conozco; pero, sin embargo, Raynaud le conoce mejor que yo.

—¿Quiere usted decirle que hable á Green? De lo que le diga dependerá la respuesta que dé á ese joven.

—Pues bien, verá á Raynaud en seguida.»

—Y aquí estoy para contar á ustedes lo sucedido y para decirle, amigo Raynaud, que con sólo apretar un poco la mano destruirá usted la combinación matrimonial de Condottier.

Reinó un momento de silencio; todos pensaban. Al cabo de un instante Raynaud dijo:

—Sentiría en el alma perjudicar á Condottier; pero tampoco quisiera engañar á Green.

—Querido, dijo Mauricio, no te preocupes por la señorita Green; le hace falta un hombre como ese, y si no es el marqués será otro parecido; quiere ser gran señora en París. Lo que se desea saber es si el marqués pertenece en efecto al gran mundo.

—¿Me verá obligado á salir fiador de él?, dijo alegremente Raynaud.



Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura..

alta la bandera para que se vea. Usted será la encargada de representar nuestra casa, gastando lo que nosotros nos encargaremos de pagar.

—Vamos, dijo Rosa con cierta melancolía, veo que es muy difícil librarse del destino. Decididamente he venido al mundo para gastar dinero á manos llenas. Antes lo hice por gusto, ahora lo haré por deber.

—Lo hará usted con gusto exquisito y suprema elegancia, que es lo importante.

Acababan de almorzar en el palacio de la Quinta Avenida Rosa y Raynaud, cuando la puerta del comedor se abrió para dar paso á Mauricio vestido de viaje. Rosa se levantó precipitadamente para abrazar á su hermano, y Raynaud le señaló un cubierto que estaba preparado.

—Ya ves que contábamos contigo.

—Muchas gracias, he comido en el tren.

—¿Vienes con Evans?

—Sí, pero se ha detenido un momento en el Banco Internacional para depositar valores.

—¿Ha realizado los aceros?

—Ganando siete millones de *dollars* que ha invertido en acciones del Transcontinental. En la próxima junta tendremos mayoría y por consiguiente será preciso obtener las concesiones que nos hacen falta.

—¿Y el *oil*?

—El *oil*, muy bien; se han hecho tres nuevos pozos, y el tren cisterna no basta. Tendremos que cargar otro.

Rosa hizo un gesto y todas las miradas se fijaron en ella. Entonces, con gracia altanera que recordaba la conquistadora de otras veces, dijo:

—¿Le guardas rencor? Por mi parte, declaro que me considero su deudora. Es la primera vez que hablamos de él después de dos años, y es muy probable que no volveremos a ocuparnos de él nunca más. No olvidemos que sin querer fué el agente de nuestra dicha. Los sabios llamáis reactivos á las substancias que determinan la transformación química de los cuerpos; pues bien, en lo que á nosotros se refiere, Condottier fué un reactivo irresistible. Él determinó los acontecimientos que me hicieron comprender que había equivocado el camino de mi vida, y que me ayudaron á encontrar el bueno. Habríamos podido pagar cara esta experiencia, en la que yo arriesgué la felicidad y Valentin la vida, y de ella salimos al fin y al cabo con el mínimo de lo que podemos temer.

—Sí, seamos justos y reconocidos, repuso Raynaud; me dió á Rosa con el máximo de lo que podía esperar. La cantidad del bien recibido es infinitamente superior á la del mal; por lo tanto, debemos alegrarnos, y como ella dice muy bien, no guardar rencor á Condottier. Veamos, querida..., ¿te quería de veras?

Rosa movió la cabeza.

—No lo sé. Lo parecía; pero como en la vida se encuentran cómicos tan grandes... Lo que sí es cierto es que odiaba...

—A Folentin, dijo Mauricio con precipitación, viendo que su hermana vacilaba para pronunciar este nombre.

—Sí, con toda su alma. Lo que más le importaba era vengarse de él.

—Y lo ha conseguido. El brillante barón de Rocher está enterrado. Sólo queda un pálido Fofol que vive entre una bailarina avara y la madre de la bai-

larina, una mujer con toda la barba y cargada de joyas falsas.

—Bueno, Evans; diga usted á Green que se dirija á mí para informarse del marqués de Condottier.

—Perfectamente, dijo Evans; haremos coincidir la época de la boda con un viaje á Francia, porque tal vez sería demasiado pedir que asistiérais á la ceremonia.

—Tanto más, añadió Mauricio riendo, cuanto que sería preciso hacer un regalito...

—Y por cierto, replicó Raynaud, tengo un pedazo de plomo en mi cajón con el que el marqués de Condottier me gratificó una mañana. Haciéndolo rodear de brillantes sería un recuerdo curioso.

—No, consévalo, dijo Rosa. Precisamente ese pedacito de plomo, en el momento en que nuestro destino estaba incierto, hizo inclinar la balanza hacia el lado bueno.

FIN

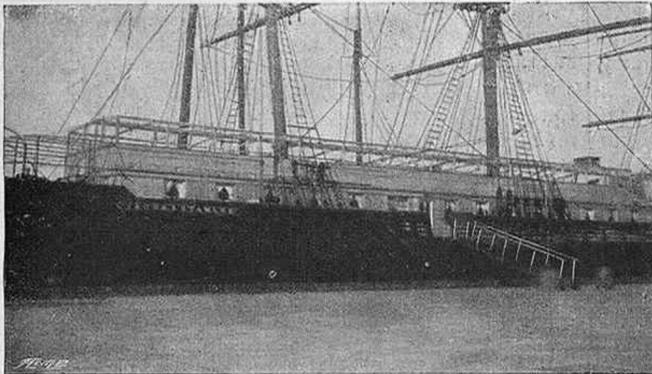
BARCOS CASAS

HABITACIONES PARA OBREROS

NUEVA IDEA DE UN MILLONARIO AMERICANO

Mr. Juan Arbuckle, comerciante en café y fabricante de azúcar muy conocido en los Estados Unidos, tiene tres buenos barcos que la mayor parte del año no navegan.

El verano pasado comenzó á tomar obreros á bor-



El buque *Jacobo A. Stamler*, habilitado como hotel para obreros

do de uno de sus barcos, al anochecer de los calurosos días de Nueva York, y por una pequeña remuneración les proporcionaba un paseo á la vela á la luz de la luna y el pasar la noche respirando el aire puro de Long Island Sound ó de la bahía. Pero luego comprendió que en el invierno, aun más que en el verano, necesitan los pobres hallar refugio; y después de maduras reflexiones, ha arreglado dos de sus barcos como hoteles flotantes para trabajadores, sentando así un precedente de la manera como pueden utilizarse los buques que no tienen destino.

Esos dos barcos son el *Jacobo A. Stamler*, hermoso barco de vela, y el *Juan A. Wise*, pequeño vapor.

El primero ha sido transformado en hotel para mujeres, con comedor y gran sala de conversación á un paso del portalón. Más lejos, á lo largo de anchos pasillos, hay grandes camarotes calentados por vapor, alumbrados eléctricamente, ventilados con esmero y con agua corriente. Todos están alfombrados y convenientemente amueblados.

El largo comedor puede contener cien personas, y hay periódicos y piezas de música popular á disposición de los huéspedes, gratuitamente.

Hay un salón de reunión para las jóvenes y otro de fumar para los hombres, pues el *Stamler* es el buque insignia de la escuadra.

Las huéspedes son obreras jóvenes de buena conducta, que ganan semanalmente salarios muy cortos que, por regla general, apenas cubren los gastos de la vida en casas de huéspedes baratas.

A bordo del *Stamler* sólo pagan unos once chelines semanales, incluyendo todos los gastos.

Están tan completamente independientes como si vivieran en tierra y no hay ningún empleado que vigile su conducta.

En el *Juan A. Wise*, que está anclado inmediato al anterior, se acomodan cincuenta hombres por unos catorce chelines á la semana. Pueden ir al *Stamler* á disfrutar del salón de reuniones, pues el *Juan A. Wise* es un barco pequeño.

TAPICES DE PERSIA

Es muy general la creencia de que á consecuencia del progreso industrial y del conocimiento técnico de procedimientos que antiguamente sólo por tradición se conocían, las industrias precisamente tradicionales desaparecen de su país de origen, aniquiladas por una competencia poderosa. Pero en realidad no es así, y si Venecia, por ejemplo, ha dejado de ser un centro verdadero de producción de los espejos que le dieron tanta fama, en Persia, en cambio, siguen fabricándose tapices, y el nombre de «tapices de Persia» es todavía una denominación que corresponde á una realidad. Y la prueba de ello está en que los estados aduaneros del imperio del Shah, con todo y estar formulados de una manera muy imperfecta, indican anualmente una exportación de 3.000 á 4.000 fardos de tapices, que representan, en el país de salida, un valor de más de 1.250.000 francos.

En Persia, en donde la industria manufacturera en general está casi en estado primitivo, existe una verdadera industria nacional que ocupa millares de brazos y á la cual se dedican, no solamente las poblaciones sedentarias, sino también las nómadas.



El salón de reunión del *Jacobo A. Stamler*

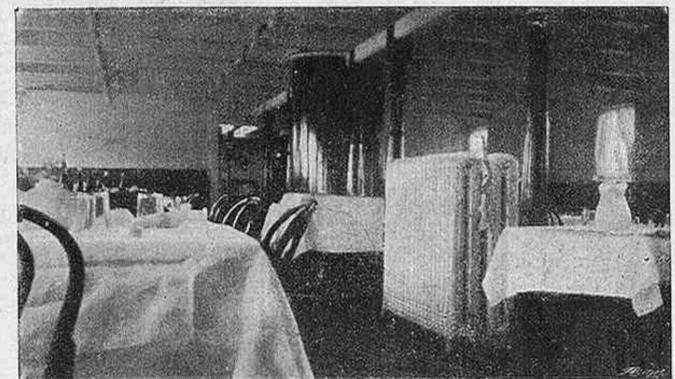
Universalmente conocidos son los tapices de Shiraz, de Kerman y de Meshed, á los que hay que añadir los de Sultanabad y de Tauris, siendo curioso el hecho de que lo que ha dado un impulso completamente nuevo á esta industria y le ha permitido luchar contra la fabricación europea, ha sido la infusión en ella de nueva sangre, por decirlo así, en forma de capitales y de capitalistas extranjeros que han establecido allí importantes casas, conservando, empero, en los indígenas las más esenciales de sus costumbres nacionales. Hay una porción de centros que se dedican á la fabricación de tapices de un género, de una variedad bien determinada que se encuentra en todo un distrito, en toda una tribu, y cuyos modelos y procedimientos son idénticos; pero en todas partes, hasta en las regiones de Tauris y de Sultanabad, en donde han intervenido, como hemos dicho, empresarios y comerciantes europeos, el indígena sólo quiere la industria á domicilio, que le deja gran libertad y no le impone la monótona disciplina del taller. El obrero más laborioso que trabaje en su casa, dejará de cuando en cuando su labor para fumar su pipa, tomar el te ó echar una

siesta. Téngase además en cuenta que el clima no permite, al parecer, un trabajo continuo, enérgico, como el que se hace en nuestras fábricas de Occidente.

De aquí que esta industria no se haya modificado sino dentro de los límites que las costumbres locales consienten. En Sultanabad principalmente es en donde mejor puede apreciarse esto, gracias á las dos empresas que han creado la fabricación metódica de los tapices, tapices hechos según las medidas indicadas por aquéllas y conforme á los modelos que saben han de ser más estimados en Europa. Una de aquellas casas pertenece á negociantes de Manchester, y á pesar de la oposición de los comerciantes y corredores indígenas que temían la competencia, hace trabajar por su cuenta á una buena parte de la población de Sultanabad y de las aldeas vecinas. Actualmente hay en la región más de 3.000 telares, todos de mano, por supuesto, que producen anualmente por un valor de cinco millones de francos. La casa europea tiene, á las puertas de la ciudad, oficinas para su personal, almacenes para guardar los géneros terminados y talleres de tintorería en donde se preparan las lanas que emplearán las familias que trabajan en sus casas, porque no se permite á ningún obrero poner por su cuenta las lanas, pues con ello se correría el peligro de que utilizase hilados preparados con anhilina que cambian en seguida de color.

El trabajo es familiar; en efecto, el hombre, el jefe de familia, sirve de empresario y de agente cerca de la casa europea, mientras las mujeres, primeramente sus numerosas esposas y luego sus hijas, trabajan en el tejido, que se ejecuta exclusivamente á mano y que exige á veces tres meses de labor para una sola pieza.

La casa europea no se limita á facilitar únicamente las lanas á los empresarios con quienes contrata, sino que cada vez que encarga algún trabajo entrega al que ha de ejecutarlo al mismo tiempo que un peso determinado de primera materia un cuadro en el que están detalladamente indicados el modelo del tapiz que se ha de fabricar y las dimensiones que este tapiz ha de tener.



El comedor del buque *Jacobo A. Stamler*

Todas estas indicaciones se toman por duplicado, y cuando se entrega la labor sirven de norma para el pago de la confección de la obra; según que ésta sea satisfactoria ó deje que desear, se abona al obrero una prima ó, por el contrario, se le impone una multa.

En Tiflis hay unas 2.000 personas empleadas en la fabricación de tapices para la exportación.—L.

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—LOS SANCHA.—MARÍN.

Sin «Los desastres de la guerra» y los «Caprichos» del gran maestro Goya, nada digno de citarse hasta ta definición? Del ilustre autor de *La honrada*. Pero decidme, ¿qué artistas modernos se aconsejan del maestro Picón y en



FRANCISCO SANCHA



ESCENA INFANTIL, caricatura de Sancha



LOS HERMANOS SANCHA, caricatura de Sancha

estos años encontraría el modesto crítico en la pobre historia de nuestra caricatura... Goya con sus asombrosos apuntes lo llena todo: él personifica, descubre, eleva y termina lo único bello, eminentemente artístico, sugestivo, que de sátira en dibujo se ha hecho en España.

Y no soy de los que creen—como el maestro Picón—que el atraso en la sátira dibujada fué debido aquí en nuestro país á las pocas libertades de que hasta ahora hemos disfrutado; porque la caricatura tal como debe entenderse no abraza sólo la sátira política, sino la social: la copia de las miserias y delitos de la vida del prójimo abyecto...

De este modo con su maravilloso genio lo entendió el inmortal Goya, caricaturista á falta de palabra más adecuada, que sintiendo el desprecio al medio en que vivió, hizo genialmente el retrato y la sátira de nuestra historia en aquel tiempo. La fama de nuestro maestro aragonés en este

sus dibujos atienden á lo más principal? Caricaturistas ya formados, completos, con personalidad bien definida á lo Forain, Hermann-Paul y Caran d' Ache, no encontrarás, lector, ninguno en España. Hay que confesarlo.

Pero entre los jóvenes se han distinguido en estos últimos años cuatro ó seis artistas que en el dibujo de la sátira han hecho algunas cosas admirables y tienen talento y no escaso gusto.

Refiérome primero á Sancha, á Lengo, que era su hermano, á *Sileno*, caricaturista del *Gedeón*, del que hablaré más adelante, y al «apuntista» Marín. Después sigúenles otros muchachos de gracia y dibujo muy estimables que no olvidaremos: Karikato, Rojas, Verdugo, Tovar y Tur... En los trabajos de Sancha veo yo dos épocas bien distintas: en la primera su dibujo está en realidad influido por los de Goya; la nota gris envuelve el asunto, que casi siempre es repugnante ó muy miserable. Entonces puede decirse que su lápiz libra las batallas por el dolor ante las injusticias y miserias del mundo. Este es mi artista predilecto: el discípulo de Goya, el hijo de Forain. Mas después Sancha, con su viaje y estancia en París, ha modificado casi completamente el pro-

¿Queréis más radical cambio en su carácter y en el estilo de un artista? Y él mismo confiesa que de unos dibujos que hace años publicó en el *Madrid Cómico*, á la escena inocente, graciosa, que ilustra el presente artículo, media un abismo.

LENGO

Se llamaba el más joven de los caricaturistas españoles Tomás Sancha y Lengo. Era hermano de Paco Sancha, y para no confundir el trabajo y ahorrar tiempo al lector, firmaba sus dibujos con su segundo apellido. Los Sancha son sobrinos carnales de aquel infortunado artista de renombre que se llamó Lengo.

Tomás Sancha no había cumplido aún los veinticinco años; era alto, rubio, barbilampiño, muy joco-



RICARDO MARÍN



TOMÁS SANCHA Y LENGO (LENGO)

arte es también universal: sus dibujos vivirán eternamente. De las escenas de la guerra que el pintor supo trazar brillantemente, muchos artistas del extranjero publican todos los años porfolios donde copian con descaro inaudito lo nuestro, lo que hace siglos se imprimió...

¿Comprenderéis ahora, sin más ejemplos que el espacio no consiente, la importancia que tiene para nosotros, y para toda la historia de la caricatura, la serie de dibujos satíricos del español Goya?



LA TIENDA ASILO DE MADRID, caricatura de Lengo

La caricatura es la sátira dibujada, la substitución de la frase por la línea; es la pintura de lo defectuoso y lo deforme, que señala y castiga con el ridículo los crímenes, las injusticias y hasta las flaquezas de los hombres. ¿Sabéis de quién es esta hermosa y jus-

cedimiento y templado á la par su alma. Y es otro artista fundido en aquel de hace diez años, pero ya de más público, elegantizado, comprensible á todos, menos batallador y utilísimo redactor de importantes Revistas.

so en el discurrir; alegre antes, cuando yo lo conocí, hace cuatro años; después, hace uno, este joven que tanto prometía en sus estudios, enfermó: una pulmonía mal cuidada le degeneró en una molesta y delicadísima afección pulmonar. Y Lengo, el antes di-

charachero y alegre amigo, púsose muy triste y murió al fin... Días antes de su muerte fui á visitarle; Lengo estaba en cama, y muy cerca de él, arreglados con algún orden sobre las mesas y sillas, yo vi y admiré parte de su obra concluída y la no publicada todavía, que con bastantes originales de su hermano

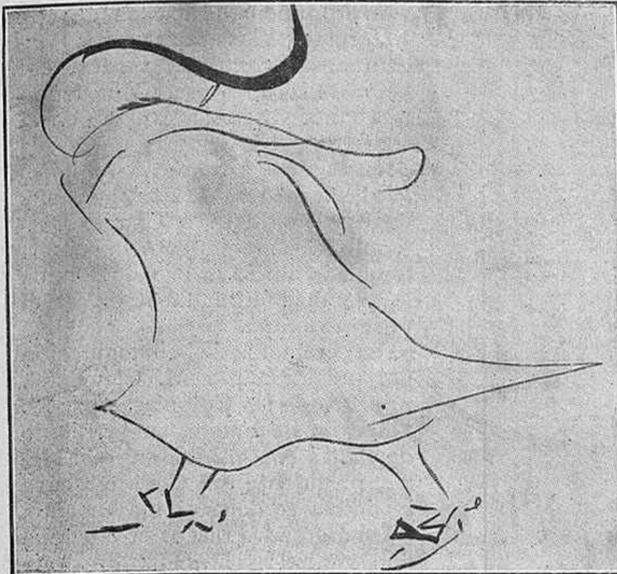
caricaturista, y él mismo, con su claro discurrir, nos anunciaba su cercana muerte... «No hay remedio—nos decía;—esto no termina á gusto de todos...» Y después con asombrosa frialdad: «¡Quisiera yo verme en mi última caricatural!..»

dor del artista decir acerca de esta notable, profusa y difícil obra su modesto parecer?

Para mí, en cierto punto, ha sido una grata sorpresa estas ilustraciones que Marín hace del libro inmortal. Confieso que no creía con paciencia y amor suficiente al artista que me ocupa para componer más de doscientos apuntes, que, desgraciadamente, aquí en nuestra tierra no han de darle más que una poca de gloria y muchas envidias. Pero nada de esto ha detenido en su propósito al moderno artista. Doscientos y pico de dibujos presenta y nos dice faltarle aún más del doble para dar cima á las ilustraciones de las dos partes del *Quijote*. ¿Que cómo son estos apuntes? Yo los divido, para el estudio del pú-

MARÍN

Ricardo Marín no es un caricaturista, si en algo hemos de estimar la definición que de este arte



UN CHAMBERGO, apunte de Ricardo Marín



UN PICADOR, apunte del natural de Ricardo Marín



EL CLOWN BELING, apunte del natural de Ricardo Marín

preparaban para una exposición que se celebró en el Salón Vilches.

Lengo experimentaba grandes amores por la representación del dolor y por el retrato de personas. Su sátira era terrible, despiadada, justísima... En la notable y muerta ya revista *Alma Española*, Lengo publicó ocho ó diez dibujos magistrales, llenos de ambiente, anarquistas, y de los que por sí solos sobran para hacer un nombre. Uno de esta serie acompaña á este artículo: «La Tienda Asilo de Madrid.» Posa tus ojos en el dibujo, y yo te aseguro que esta escena real, miserable y de angustia impregnada, te hará meditar mucho.

Los dibujos que de la caricatura personal deja publicados Lengo son bellísimos, semejantes á los originales y muy intencionados. Instantáneamente veía el caricaturista la nota cómica, lo satírico, lo ridículo y mazorral de sus modelos. Muchas Revistas han publicado estas caricaturas personales y era prodigioso el acierto de su autor.

En cuatro años que llevaba trabajando, su lápiz no descansó un solo día: fué fecundo y siempre intencionado... La personalidad artística de Lengo no era, cuando el dibujante ha muerto, sólo una esperanza: había triunfado ya y recorrido los senderos más intrincados y yermos de su carrera. Enfermó el

nos dan varios autores. Podíamos, sin temor de equivocarnos, incluirle entre el grupo de «apuntes» del natural. Pero su arte es difícil, y como lo interpreta con finura y gracia y Marín tiene talento, á falta de otros caricaturistas españoles, que no los hay, hablaremos de él.

Marín domina en su campo, que aquí nadie ha cultivado, dos notas admirables: los dibujos que con escasas líneas hace de las corridas de toros, y los apuntes de mujeres en la calle, en movimiento. Marín ilustra en *El Liberal* la revista de toros, y sus apuntes son como hechos con fotografía, pero muy adornados de forma artística. En una publicación ya fallecida, en *Madrid*, publicó el joven artista una serie abundante de dibujos sobre asuntos de mujeres, y al gran dramaturgo español Benavente le ha ilustrado varias de sus obras notables.

Hoy comienza Marín otra vez sus trabajos en el interesante *Renacimiento Latino*, donde aparecerán en breve graciosos y muy notables apuntes sobre escenas del *Quijote*. Ya sobre este trabajo plumas autorizadas, la del maestro Cavia, entre otras, han dicho su opinión. ¿Se permitirá ahora á un joven admira-

blico, en dos clases: los que no han de entender ni admirar el vulgo ni tampoco mucha gente que se precia de docta, y los que por su gracia, soltura y genio ensalzarán todas las lenguas... Y como, afortunadamente, el artista, con sus dos distintas maneras de hacer, recoge todos los gustos, claro es que en esta importante obra el triunfo de Marín es indudable.

Marín es joven y rico y no necesita de su trabajo para vivir bien. Es fecundo y dibuja con rapidez; á esto creen algunos es debida su producción desemejante: su trabajo está bien ó muy mal; no tiene término medio: ó se ha fijado en el modelo en un instante, grabando en su memoria todos los detalles, ó estaba dormido cuando la imagen pasó ante sus ojos y no la vió...

MANUEL CARRETERO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selme.

MONUMENTO

Á CAMILO DESMOULINS

Hace pocos días se inauguró en París el monumento erigido á la memoria de Camilo Desmoulins, el joven tribuno cuya fogosa elocuencia desencadenó en 1789 el movimiento revolucionario que determinó la toma de la Bastilla.

Este monumento, debido á la iniciativa de un comité compuesto de comerciantes del barrio en que se ha construido, levántase delante del Palais Royal, en el mismo sitio en que Desmoulins arengó á la multitud en la histórica jornada del 12 de julio. La estatua, obra del escultor Boverie, es de un efecto realmente emocionante: sobre un zócalo de granito poco elevado está el tribuno de pie, en actitud oratoria, con el brazo derecho extendido y la pierna y el brazo izquierdos apoyados en una silla.

Conocida es la escena que hizo para siempre célebre al joven libelista. Era el 12 de julio de 1789; Luis XVI acababa de destituir á Necker, y esta noticia había causado gran efervescencia en el Palais Royal, muy frecuentado en aquel entonces por los parisienses.

«Lamentábame, dice Desmoulins en una carta dirigida á su padre, en medio de un grupo, de nuestra cobardía, de la cobardía de todos nosotros, cuando pasaron tres jóvenes cogidos de las manos



MONUMENTO Á CAMILO DESMOULINS RECIENTEMENTE INAUGURADO EN PARÍS, obra de Boverie. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

y gritando: «¡A las armas!» Juntéme á ellos, la gente vió mi entusiasmo, me rodeó y me obligó á subir á una mesa. Al cabo de un minuto, había á mi alrededor seis mil personas.»

El discurso que en aquella ocasión pronunció fué apasionado: «¡A las armas! ¡A las armas!, gritó. Pongámonos escarapelas verdes, del color de la esperanza.» Y cogiendo una cinta verde se la clavó en el sombrero. En seguida todos sus oyentes se adornaron con hojas verdes á manera de escarapelas, y de este modo puso Camilo Desmoulins en movimiento la energía popular é inició la Revolución, de la que más tarde había de ser él mismo víctima.

La ceremonia de la inauguración fué presidida por M. Clementel, ministro de las Colonias, y por M. Dujardin-Beaumetz, subsecretario de Bellas Artes. M. Henrique Maret, presidente del Comité á cuya iniciativa se debe el monumento, trazó á grandes rasgos la biografía de Desmoulins; M. Dujardin-Beaumetz felicitó al Comité por su iniciativa y al escultor Boverie por su obra; y M. Clementel pronunció un elocuente discurso en el que, después de hacer un paralelo entre Dantón y Desmoulins, ensalzó la fe y el entusiasmo de éste, que si primero le hicieron combatir á los Girondinos, después le llevaron á condenar los excesos de los tribunales revolucionarios.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de BLANCARD

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C.ª, 40, R. Bonaparte, París

AVISO Á
LAS SENORAS
EL APOL DE LOS
JORET-HONGRE
CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F.ª G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

(c) Ministerio de Cultura 2006